

6313

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA LOCA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ANGEL GUIMERÁ

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

JUAN P. DE ZULUETA

Teófilo Bueno.



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40. — OFICINAS: POZAS, —2—2.º

1898

A la comunidad de
San Carmona Arguedas
su admirador y amigo

Juan P. de S. L. L.

LA LOCA

Esta obra es propiedad de D. Angel Guimerá y D. Juan P. de Zulueta, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los propietarios se reservan el derecho de traducción

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA LOCA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ANGEL GUIMERA

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

JUAN P. DE ZULUETA

Estrenada en el Teatro Ruzafa, de Valencia

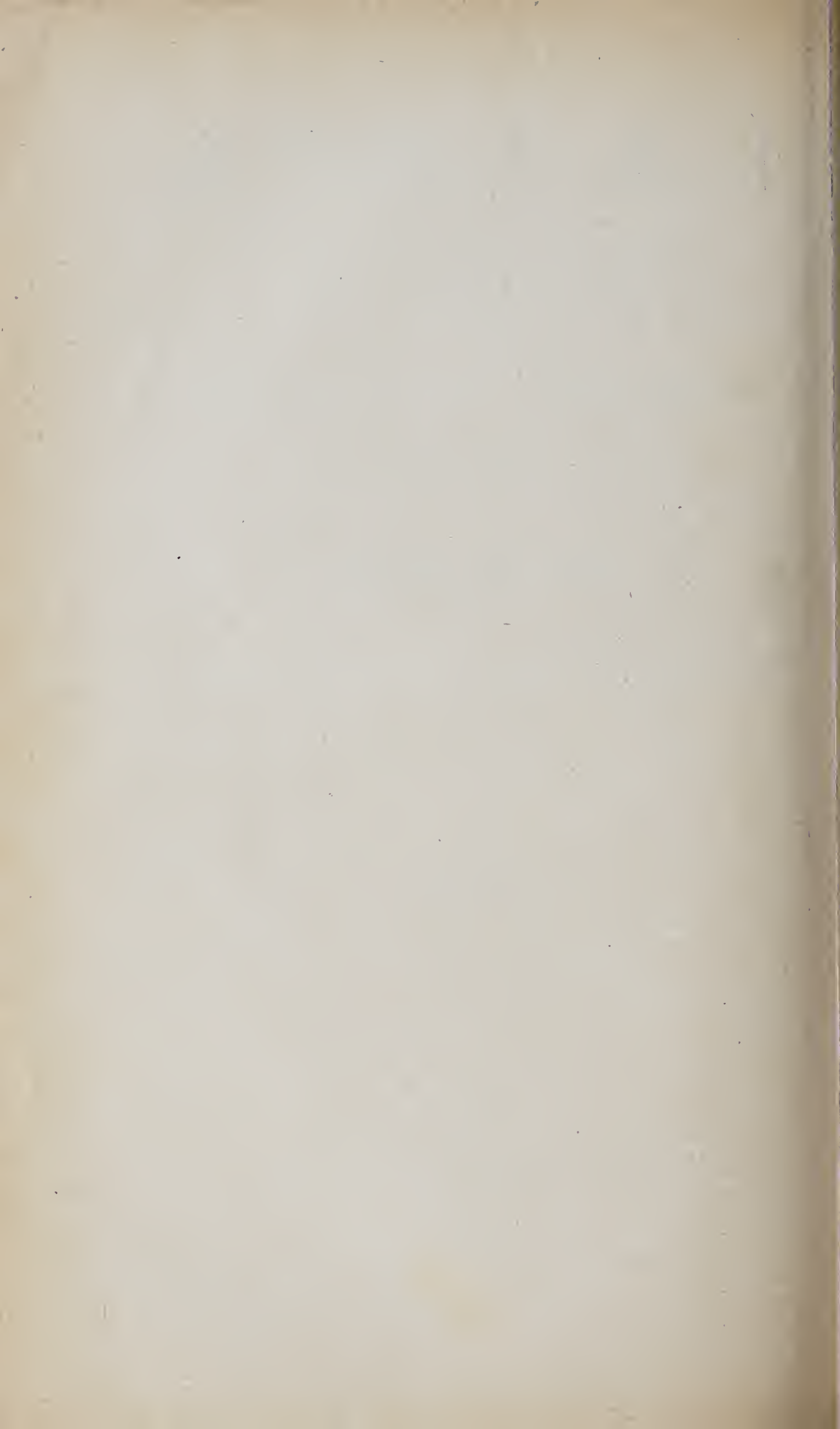


MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono núm. 551

—
1898



AL SEÑOR

Don Marcelino Menéndez y Pelayo

CON ANUENCIA DEL AUTOR

El traductor

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

JUANA.....	SRA. ARGÜELLES.
HERMANO ALBERTO.....	SR. BUENO.
<i>Verdier</i> DAMIÁN.....	MIRALLES.
MOSSÉN JORGE... ..	PELUZZO.
ENRIQUE.....	FERNÁNDEZ
BLAS.....	MÁS.
ONOFRE.....	CASIELLES.
MANUEL.....	RUBIO.
JOAQUÍN.....	GUILLÉN.

Mineros, hombres y mujeres. Guardias civiles

ÉPOCA, Á MEDIADOS DEL SIGLO ACTUAL

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. Wenceslao Bueno

Izquierda y derecha las del actor

ACTO PRIMERO

Venceslao Bueno.

Interior de una cueva. A la derecha dos boquetes. El del primer término sirve de ventana, el del segundo es la entrada á la cueva. A la izquierda un hogar dispuesto con rocas. Al fondo el lecho del anacoreta, formado con hojas y raíces. Encima del lecho, en un hueco de la roca, una imagen sencilla con una lamparilla de aceite encendida al pie. Esparcidas por la escena piedras en que poder sentarse. Es á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE y BLAS. De momento solo se ve al segundo, que avanza después de decir las primeras palabras

BLAS Hermano Alberto. (No le veo.) ¡Hermano!
(¿A qué llamar? ¿Quién sabe donde pára?)
¡Pts, entre!

ENR. Y él...

B. AS No está. ¡Vaya una lluvia!
(Mirando por la ventana.)

ENR. Si no está, vamos fuera hasta que venga.
No es nuestra casa para entrarnos; vamos.

BLAS ¿Quiere estar fuera recibiendo el agua?

ENR. Bajo un roble...

BLAS Usted manda. Pero él deja
franca la puerta para todo el mundo.
Nunca cierra, ya esté, ya se halle ausente.

ENR. (Dudando.) ¡Llueve á cubos! ¿Te ríes?

BLAS Imagino
que no hay abajo penitentes. Trátalos
cual señores.

ENR. Señores .. son tan hombres como tú y como yo. Todos respeto merecen en el mundo.

BLAS Pero es que ellos no son señores... ni hombres si se quiere.

ENR. ¿Pues qué son?

BLAS Penitentes.

ENR. Ya; me quedo:

(Sonriendo.)

me has convencido. Cuelga la escopeta y el zurrón. Ten. Mas, ¿qué se habrá hecho el tío

BLAS ¿Cazaba usted con el rector de Liria?

ENR. Mi tío, sí. ¿Cómo lo sabes?

BLAS

Toma, porque yo les ví á ustedes desde el llano de Mascansot. Pues ella testaruda que no era él el rector. La semanada me jugaba. ¡Ahora fuese! ¡Ten, si lo era! ¿Y ella quién es?

ENR.

BLAS

La loca.

ENR.

¿Y quién la loca?

BLAS

La Juana.

ENR.

¿Y quién la Juana?

BLAS

Ella.

ENR.

¡Ella!

BLAS

¿Por quien me tomas, mozo? ¿Estás de juego? Ella... verá: es minera. Cual nosotros saca á capazos el carbón, y es... vamos... es la... cual si dijéremos la moza de un compañero nuestro. ¡Es una alhaja! ¡La Juana! Si es más plaga que bonita. Y hermosa, lo es. A fe.

ENR.

Basta de señas.

BLAS

(Como quiere saber...)

ENR.

Las seis han dado y mi tío no llega. Pues me extraña... Dijo que de perdernos nos halláramos aquí, en la cueva de este anacoreta. ¿Cómo tardará así? (Impacientándose.)

BLAS

¿Qué le hace falta?

ENR.

¿Qué me puedes tú dar? Veamos. (Sonriendo.)

BLAS

Tengo

la cesta hacia la entrada de la mina. Muy cerca, á tiro de honda; y aun me queda pan, vino, una arenquita...

- ENR. Se agradece
BLAS No le dé cortedad. En serio. El viño
como la mora. El pan es de la hornana
del sábado. Voy, ¿eh?
- ENR. ¿Tienes trabajo?
BLAS La espuerta abandoné para guiarle;
usted me lo rogó. Cuando oscurece
dejan ellos la faena. Hoy ya no vuelvo.
- ENR. Pues ya no espero más. Sea, y en marcha.
Trae la escopeta. A recorrer el bosque
hasta dar con mi tío. Ahora no llueve.
Tengo miedo por él.
- BLAS (Oyese lejano un tiro.) Un tiro
ENR. ¡El tío!
¡Peste de caza! Estaba con cuidado.
- BLAS Mírele. (Mirando por la ventana.)
ENR. Sí que es él, y paso á paso
va llegando hasta aquí. Nada á él le apura.
Llámanle mossen Jorge; mossen calma.
debiéranle llamar.
- BLAS Ya se lo dicen.
ENR. ¡Cómo! ¿Quién se ha atrevido á motejarle?
BLAS Ello no es ningún mal. Es pura broma.
Todos aquí tenemos nuestro mote.
A mi llaman *dedos largos*; sea,
pues se me da un ardite. ¡Todo es chanza!
ENR. Que os motegeis vosotros, me lo explico.
Al cura, no está bien. El no es vosotros.
BLAS ¿No dijo antes que todos somos unos?
ENR. Sí y no. ¿Lo has comprendido?

ESCENA II

MOSSEN JORGE, ENRIQUE y BLAS

- MOS. Dios les guarde.
ENR. Vaya, al fin.
MOS. ¿Y por dónde te has metido?
ENR. Usted lo ha de decir. ¿Pues no quedamos
en hallarnos aquí si nos perdíamos?
MOS. ¿Por ventura no estoy?
ENR. Sí, mas le espero
há una hora.

- MOS. Así huelgas, que es tu gusto.
Ten, mira: yo entre tanto...
(Saca una liebre del zurrón.)
- ENR. ¡Bravo!
MOS. Pésala,
lo merece.
- ENR. Buen peso.
MOS. Y ahora, mira.
Un conejo. (Sacándolos del zurrón.)
¿Qué tal? Y otro conejo.
¿Tu caza?
- ENR. Poca cosa.
MOS. Veamos, hombre.
(Enrique descuelga su zurrón; al abrirlo, Blas mira dentro por cima del hombro de Mossen con gran desvergüenza.)
- BLAS ¡Una perdiz!
MOS. ¿Sólo una? No pareces,
sobrino mío; vé: yo de tres tiros
tres piezas.
- ENR. Sí, es maestro.
MOS. Ahora á sentarse.
BLAS (Mucho es para los dos... Si no me vieran...)
ENR. Viene empapado. (A Mossen.)
MOS. ¡Bueno! ¿Y quién es éste?
BLAS Soy minero.
ENR. Tomele allá en las minas,
para guía.
- MOS. (Sonriendo.) ¿Es decir, que te has perdido?
No está mal, ¡qué demontre!
- ENR. Si es ahora
la vez primera que estas rocas veo.
BLAS Y que sólo, además...
MOS. Mira, muchacho,
toma el cántaro y llénalo en la fuente,
haznos este favor.
- BLAS ¡Pues no! Corriendo. (Vase.)

ESCENA III

MOSSÉN JORGE, ENRIQUE

- MOS. Barcelonés... ¡La Rambla! Y nadie de ella
les saque. He de escribírselo á tu padre.

- ENR. ¿Qué se ha hecho del monago?
MOS. Hacia la villa
con los perros le envié; ya habrá llegado.
Y ahora un sorbo y abajo. Fuma, ¿quieres?
- ENR. Sentiría marcharme sin que vuelva
el penitente. Extraña cosa es que haya
en pleno siglo nuestro un ser que viva
como este desgraciado. El será el único.
Pasó aquello de humildes penitentes
que de pan y agua vivan.
- MOS. Pues yo admiro
su vocación.
- ENR. ¡Bah, bah! No se la envidio.
MOS. El es feliz, y siéndolo él...
ENR. Una hora
no se pasa aquí mal, si llueve ó tuesta
de estío el sol; pero á su edad, y siempre...
MOS. ¿Quién te ha dicho que es viejo? Pues si es jóven.
ENR. ¡Bah!
MOS. Joven, joven.
ENR. ¿Y sin barba blanca?
MOS. Sin ella. ¿Qué pensabas?
ENR. Pues no me hace.
Ser ó no ser. Sin barba es incompleto.
MOS. El alma es todo.
ENR. Así, no ha de hacer mucho
que se halla aquí
- MOS. No creas, yo diría...
cinco años. . más.
- ENR. ¿Anacoreta joven?...
A nadie se lo muestre. ¡Yo, ni verle!
(Despreciativo.)
- MOS. Me acuerdo bien, Enrique. Era una tarde
cuando llegó á la villa. Yo salía
de la iglesia. Nevaba: á los humbrales
parome. Estaba pálido cual cera.
No sé qué intentó hablar, que en la garganta
murieron sus palabras. De sus ojos
dos lágrimas brotaron, y dió en tierra
como muerto á mis pies. Yo levantele;
no sólo, con ayuda del monago,
que el pobre no podía, y á mi casa
le condujimos.
- ENR. Como siempre, bueno.

Mos. Y á mi lecho. ¡Pues no! Y en él se estuvo entre si muere ó no, como dos meses. Se levantó, por fin, y aun tembloroso preguntome el pobrete si sabía de un lugar donde, lejos de los hombres, cerca de Dios, viviera contemplándole. Y pensé en éste, porque aquí ha vivido un viejo anacoreta. De su gusto, por desierta y fragosa, fué esta altura, y aquí está. Yo te fío que es un santo.

ENR. ¿Y por qué vive aquí?

Mos. Verás, un día cometió un crimen que horroriza. El pobre, contrito ya, ofreció, como en castigo, á Dios nuestro Señor, voto—figúrate, ¡un voto ante el altar!—que moriría sin amar nunca á otra mujer alguna. Y quien rompe estos votos, es protervo.

ENR. (Iónico.)

Pues aquí hay una Eva. A ver, explíquese. ¿Y cuál fué su pecado, que extremece?

Mos. Dijolo al sacerdote, y es sepulcro. Mas cree que hoy es santo.

ESCENA IV

BLAS, MOSSÉN JORGE, ENRIQUE

BLAS El agua fresca.

Mos. Dame. (Bebe.)

BLAS De salud sirva.

ENR. (Triste vida.

No es para nuestros tiempos.)

BLAS (A ver... ánimo.

No me ven... A quien Dios se la dió... Bueno.)

(saca disimuladamente un conejo del zurrón.)

Mos. Conforta esta agua.

BLAS (Escondiéndoselo atrás.) ¡Zape! Aquí por ahora.)

ENR. Lo que es hoy, al tal santo no le vemos.

Mos. Puede que ni hoy ni nunca. Me parece que ha de marcharse pronto. Tú suponte que de imprevistas cosas tiene el mundo. Esta cueva eligió porque se hallaba.

lejos de toda sociedad, y el diablo
—que Dios no puede ser—ha hecho que encuentren
unos sabios de allá carbón de piedra
aquí, en el corazón de estos terrones.
Y ya tenemos que una mina horadan
cerca de aquí; lo que era aislado yermo,
desierto mundo, bulle todo el día
de gente. ¡Y de qué gerte! Nada; el pobre
tendrá que huir, con pájaros y liebres,
de toda esa gentuza.

BLAS

Mossén, oiga.

¿Por ventura ofendiéronle los míos?

MOS.

Es verdad que escuchabas No, buen hombre.

BLAS

Como dice gentuza, y esto agravia,
y la opinión de usted... ¿me entiende?

ENR.

Ea,

¿qué te debo? (Nos vamos.) (A Mossén.)

BLAS

¡Pché! Usted mismo...

No es nada...

MOS.

(A Enrique.) Sí, que es tarde.

ENR.

Toma.

BLAS

(¡Un duro!)

Gracias. (Y ese conejo ahí...)

ENR.

¿Qué esperas?

BLAS

Yo, nada. Si otra vez me necesita...

ENR.

Puede.

BLAS

En la mina estoy, con la gentuza.

MOS.

(¡Válgame Dios!)

ENR.

Vé y lávate la cara.

BLAS

(¡Pobre! ¡Solito allí!) Y ahora, perdonen...

(Vase.)

ESCENA V

MOSSÉN JORGE, ENRIQUE, despues HERMANO ALBERTO

MOS.

Ven, chico, ven. Te colgarás la liebre
y los conejos.

ENR.

No.

MOS.

Luce en la villa.

ENR.

Son de usted.

MOS.

¿Qué más da?

ENR.

De ningún modo.

- MOS. ¿No? Pues quédense aquí. (Por el zurrón.)
ENR. ¡Siempre tan bueno!
Vamos.
- MOS. Sí, buena pieza, sal.
ENR. ¡Ah, el cántaro!
A la salud del pobre anacoreta.
Si es loco, porque cure, y si es hipócrita
de los que tienden redes cual la araña...
- MOS. ¡Enrique!
ENR. Porque atasquen esta cueva
con él en su interior como una víbora.
¡A su salud!
- MOS. ¡Enrique!
ALB. (Entrando.) Joven, gracias.
MOS. ¡Hermano Alberto!
ENR. (Ha oído.)
ALB. Mossen Jorge.
¿Será el sobrino que ahora se ha hecho médico?
MOS. El mismo.
ENR. Servidor.
ALB. ¿No quiere honrarme
siguiendo? Iba á beber si no me engaño.
- ENR. Sí, pero...
ALB. Haga el favor... (Dándole el cántaro.)
MOS. (Más no le traigo.)
ENR. Me he lucido.
MOS. (Al Hermano.) (Algo loco, pero es bueno.)
ALB. Harto el agua corriente y bulliciosa
á detener su curso llega un día.
ENR. (Si tengo un nudo aquí...) (Por la garganta.)
ALB. Y ahora yo bebo,
joven, á su salud. Que siempre sea
la tierra, para usted, prado de rosas;
que ame usted y que le amen, sin que enturbie
nube alguna su dicha un punto solo.
Y á mí, lo que usted ha dicho: que este hueco
se me cierre cual losa de un sepulcro.
¡Por aquellos que creen y que esperan!
(En el momento de levantar el cántaro caésele el brazo
pesadamente transformándosele el rostro un instante.)
- ENR. ¿Se siente mal?
MOS. ¿Qué tiene, hermano?
ALB. Nada:
ya pasó. (Pasándose la mano por los ojos.)

- ENR. ¿Pues qué ha sido?
MOS. Que se cansa,
y después...
- ALB. No, no es cosa. Es de aquí dentro.
Mal ya viejo, mitad culpa del bote,
mitad del timonel. Usted, su ciencia,
curan el cuerpo.. males del espíritu...
- MOS. Yo, en nombre del Señor... (Enrique sonríe.)
ALB. ¿Se burla, joven?
ENR. No. (Sonriente.)
MOS. ¡Enrique!
ALB. Se me clava aquí su risa.
(Con aspereza.)
Siéntese: hay luz aún. Quiero contarle
la vida de este loco ó de este hipócrita.
Hermano...
- MOS. No he querido...
- ENR. (Cubriéndose los ojos con las manos. Reflexionando.)
ALB. ¡Ay, mis recuerdos!
- ENR. No es hipócrita, es loco. Que al oírle
no me contagie.
- MOS. (A Enrique.) (¿Ves? ¡Válgame el cielo!)
- ENR. No tema, tío.
ALB. Me quedé sin padres
teniendo ocho años, y con un hermano
mucho menor que yo. Y al vernos solos
en este mundo, un tío anciano, que era
abad mitrado, allá en la Tierra Santa,
al claustro nos llevó cual dos palomas.
Y en aquel valle erial y calcinado
por el sol del desierto, pasó el tiempo
adorando al señor, á nuestro tío
más que á nadie queriendo, y de este mundo
sin saber las pasiones que lo agitan.
Queríamos ser frailes. De las celdas
al cielo retornar. Mas una tarde
llegó una romería á nuestra casa.
Vime yo entre ellos impensadamente,
y al huir como tórtola azuzada,
sentí que mis rosarios no seguían
y la queja de alguno... Alcé los ojos
y otros ojos hallaron, y esta mano
otra mano... ¡De Imagen, pero viva!
¡No, nunca en el altar tanta hermosura!

¡Adiós la dulce paz! Bien de sus ropas
desprendiose el rosario envejecido,
¡el alma, no, que allí quedose entera!
Y aquella noche con mi hermano hablábamos
desde el lecho cada uno y en la sombra.

(Con misterio.)

—¿La has visto?—Con el alma en la mirada.

—¿Será una santa?—Hermano, á serlo fuera
la Virgen pura.—¿Y en qué altar se adora?

—¡Qué placer rodearla del incienso
purísimo en el templo.—¡Qué alegría
morir arrodillado al contemplarla!—
Nos dió el amanecer hablando de ella.

¡Ah! Poco á poco el encantado influjo
de tal mujer, la santa luz del claustro
extinguió á nuestros ojos soñadores
y extendiose llenando nuestra vida
como una sombra cuando el sol se oculta.

¡Cómo atormenta su recuerdo! Fuerzas
dadme, Señor, ó ya de mí arrancadle! (Pausa.)

Un día abandonamos el convento
mares y tierras recorriendo locos
por encontrar á la mujer aquella.

¡Y la hallamos al fin! Y al contemplarla
nos miramos mi hermano y yo, y el odio
entre los dos brilló como un relámpago.

—¡Es mía esa mujer!—¡Jamás, es mía!
Los tigres, cuando el hambre los devora,
no se odian más delante de su presa. (Pausa.)

Ella me quiso á mí. ¡A mí! (Con fiera.) Sus labios
como alas de purpúrea mariposa,

pegáronse á los míos.—Siempre, siempre
te querré, me dijeron.—¡Cuántas veces!

Mas velaba el infierno, y en su falda
como un cordero el corazón dormía.

(Pausa y gran agitación, demostrando que le repugna
lo que va á decir.)

¡Oh, cuánto horror! Todo acabó. En las nubes
tempesteaba el trueno ¡cual batalla
con la sombra la luz! Ella creíame
lejos de la ciudad, y yo en su alcoba
por la ventana entré. Brilló un relámpago.
Mi propio hermano y mi mujer, ¡la mía!
se abrazaban. ¡Yo soy! El Juez! Cubrióme

un mar de sangre, enrojeciose todo,
la alcoba, el cielo, retembló la esfera,
alcé el brazo... ¡Oh, no más!... y lancé un arma
tinta en sangre. Y allí, caídos en tierra,
aislados revolcándose en la muerte,
quedaron ella y él. No, allí en las nubes
no reía Satán, ¡aquí reía!

(Golpeándose el pecho. Carcajada horrible. Mezcla
los gemidos con risas acompasadas como de loco.
Queda cubriéndose el rostro con las manos largo rato,
viéndose bien marcada su agitación.)

MOS. (Señor, piedad para él.)

ENR. ¡Esto es horrible!

¡Qué lástima me da!

MOS. (A Enrique.) ¡Por Dios!

ENR. (No, tío.

Yo lo respeto. ¡Si es para matarse!

MOS. Eso nunca. ¡Implorar misericordia!...

ALB. Nadie me llegó á ver. Por la ventana
escapó el criminal. Al otro día
llevóseme un bajel, y medio mundo
hay entre este lugar y aquel. El rastro
borróse, sí, pero no aquí; ¡me azuzal
Por eso de la vida voy huyendo.
Pero es inútil. Me persigue siempre:
como las aguas del diluvio, fieras,
sube hasta mí la vida. De estas rocas
ya es preciso escapar.

MOS. ¡Cómo!

ALB. Precisa.

¡Dónde la soledad!

ENR. Perdone, hermano.

Antes estuve...

ALB. Basta.

MOS. (Contento.) ¡Así!

ENR. Quisiera

haber sido su amigo desde niño.

ALB. ¡No sabe el bien que me hace!

MOS. ¡No decía!...

Enrique, eres mi sangre. ¡Pues no lloro!

ENR. Quiero hablar con usted más largo espacio.

Prométame no irse, sin que...

ALB. Bueno.

Veré á usted otra vez.

ENR. Yo le aseguro
que volveré mañana. Ahora, permítame...
(Acción de abrazarle. Hermano Alberto retrocede.)
ALB. ¡Ah, no! Todo mi cuerpo mana sangre.
ENR. Todo usted es corazón. Aquí, á mis brazos.
ALB. ¡Ah! (Se abrazan.)
MOS. (Contento y emocionado y marchándose.)
(¡Si su padre así verle pudiera!)
ENR. Adiós. (¡Me ha enternecido al fin!) (Vase.)
ALB. Querría
ser loco, como ha dicho, ó soñar siempre.
(Pausa.)
¡Valor! ¡Vamos! La noche no está lejos.
De prisa. ¿Qué me falta? ¡Ah, sí, la azada!
Si yo no los entierro, ¿quién lo hiciera?
Tienen miedo al contagio. ¡Bravas gentes!
Y los del pueblo no osan... ¡Desdichados!
¡Y todo por vivir aún otro día!
¡Oh!... ¡Si ahora yo labrárame la fosa!
(Hace un movimiento como para cavar la tierra, y echándose la herramienta al hombro, sale precipitadamente.)

ESCENA VI

BLAS. Entra por la ventana sin hacer ruido y mira alejarse al hermano Alberto

¡Qué aprisa! Tendió el vuelo la lechuza.
¡Sólo! ¡Gracias á Dios! Y ahora la caza.
¿Dónde la puse? ¡Ah, mírala; ya es mía!
¡Pobre animal! ¡Da lástima! Los matan sólo por divertirse, cual salvajes.
(Soplándole la cara.)
¿Qué les ha hecho, á ver? ¡Calla! Me mira con sus ojos nublados... Sí... Lo mismo que el Andrés, cuando al pobre lo sacaban de entre las ruedas de su carro, el pecho lo mismo que una torta. ¡Quién diría que el Andrés muerto y éste me mirasen igual, igual. ¡Madre de Dios!
(Al ver á Onofre por la ventana, le desaparece el terror.)
Tú, Onofre,

mira, un conejo. ¡Ven, tengo un conejo!
Y viene acompañado. ¡Bien! ¡Ya hay fiesta!
¡Ni en casa el cura, cuando fué el obispo!

ESCENA VII

BLAS, ONOFRE. Después MANUEL y JOAQUIN

- ONOFRE (Desde la puerta.)
¿Y el penitente?
- BLAS Se largó.
- ONOFRE (Llamando a los demás.) Se ha ido;
entrad.
- JOAQ. Vuelve á llover.
- MAN. Y si no pára,
yo me quedo.
- BLAS (Restregándole el conejo por la cara.)
¡Monín!
- ONOFRE Ve de estar quieto.
- BLAS ¿Hagamos una? ¿Asémoslo?
- ONOFRE ¡Está dicho!
- MAN. ¿Y si aquél vuelve?
- BLAS ¿Quién, el tragasantos?
Se le convida.
- JOAQ. El deja para todos
abierto siempre.
- ONOFRE ¿Escrúpulos ahora?
- MAN. Verás, yo lo decía...
- BLAS Eh, ¿quién sujeta?
- MAN. Dame. (Desuellan el conejo.)
- BLAS Sujeta bien. ¡Vaya un alijo!
- JOAQ. ¡Ah, no sabéis! Me ha dicho el ingeniero
que hay cólera en Huriaga.
(Muestras de terror en todos, menos en Blas, que está
distráido con el conejo.)
- MAN. ¿Qué me cuentas?
- ONOFRE A media hora de aquí.
(Haciendo chocar los dedos.)
- JOAQ. Ya dos se han muerto.
- BLAS Tira. (A Manuel por el conejo.)
- JOAQ. Dicen que el cólera se pega.
- ONOFRE No hablemos de eso.
- BLAS ¡Tira! (Lo mismo.) ¿Qué, no tiras?

MAN. Ese, que nos alarma.
 BLAS ¡Me he cortado!
 ¡Pareces tonto!

MAN. ¡Ay, chico!...
 BLAS ¡Tenle firme!
 ONOFRE Siquiera se encontrase aquí la Loca.
 ¡Sabe hacer un arroz!...

BLAS ¡Vaya, y comérselo!
 Somos muchos.

ONOFRE Por uno...
 JOAQ. Y á la zaga
 siempre trae á Damián.

MAN. Como que él...
 BLAS ¡Tíral!

Vosotros, leña.
 JOAQ. Mírala, allí pasa
 la Loca.

BLAS No la llames.
 ONOFRE (Llamándola.) ¡Juana!
 BLAS ¡Calla!

ONOFRE Ya viene.
 BLAS ¡Cinco! ¡A ver á qué tocamos!

ESCENA VIII

JUANA, BLAS, ONOFRE, MANUEL, JOAQUIN

JUANA ¿Qué hacéis aquí?
 ONOFRE Adentro, que te mojas.
 JUANA ¿Y Joaquín?
 (Viéndole.) Ahora he visto á tu costilla.
 ¡Carga un ható de leña que la troncha!
 Se lo he llevado un trecho y pesa. ¿Qué haces,
 gándul?
 (Cariñosa.) ¡Si parte el alma! ¡Vé y ayúdala.
 JOAQ. Sí, yo cargado abajo, y aquí todos
 comiéndoos el conejo.

JUANA (Soliviantada, distraída de su anterior idea.)
 ¿Cómo?
 ONOFRE Mira.
 (Solo han sabido desollar el conejo de medio cuerpo
 arriba. Juana ríe y bate palmas. Muy alocada siempre.)

- JUANA Bah, no me hagais reir. ¡Si está en calzones!
¡No está mal! ¿Quién sedió tan buena maña?
- BLAS Ya verás, chica, aquí...
- JUANA ¡Calzas! ¡Miradle!
Igual que éstas, el amo de la mina
el día que entró en ella. ¡Eh, tú! (A Joaquín.)
Cayóse
en aquel hoyo, y mírale al sacarle,
para secarse al sol la mojadura. (Todos ríen.)
- ONOFRE Tú le echaste al pasar la zancadilla.
- JUANA (Muy seria y repentinamente incomodada.)
Pues si el mostrenco me alargó los dedos,
llevó su merecido.
- ONOFRE ¡Me parece!
- JUANA (Vuelve á reirse)
¡El pobre don Rafael! Es igual: mírale.
- JOAQ Es loca. (A Blas.)
- JUANA (Por el conejo: quitándose.)
Venga acá: ¿qué sabéis de eso?
- ONOFRE ¿Y lo asarás?
- JUANA ¡Como los propios ángeles!
- BLAS Andando.
- MAN.. ¡Y qué jaleo cuando llegue
el frailuco!
- ONOFRE ¿Y Damián?
- JUANA Quita, no me hables.
Si estoy. Quiero dejarle. Chico, entorna,
que no venga Damián.

ESCENA IX

DICHOS y DAMIAN, que entra en el momento que van á cerrar

- DAM. (Entrando.) Dí: ¿te doy miedo?
- JUANA No: asco.
- ONOFRE (Chúpate esa.)
- DAM. Te lo dije
al salir de la mina; largo, á casa.
(Juana canta entre dientes.)
¿Qué va á ser eso?
- JUANA (Siempre de espaldas, descuartizando el conejo.)
No oigo: estoy de prisa.
- DAM. Mira, Juana, que yo...

- JUANA Quita; me cargas.
(De pronto rie estrepitosamente.)
Desuello á don Rafael.
- BLAS (A Damián, que se acerca más á Juana.)
Déjala, hombre.
- DAM. Te juro..
JUANA ¿En qué pensais? Traedme leña.
Vaciad las cestas. Ponga cada uno
todo el arroz que tenga. (A Damián.) Cascarrabias
trae el cesto. Muchachos, ¿le dejamos?
- DAM. Si no fuera por ellos..
(Es decir, que se aviene, no por la Juana sino por los
compañeros.)
- MAN. ¡Nos reiremos!
JUANA Una cerilla, Blas. Haz lumbre. Faltan
leña y agua. A buscarlo, que se enfría
don Rafael.
- JOAQ. (Saliendo con el cántaro.)
No llueve.
- DAM. (A Juana.) Tienes suerte..
JUANA Ya entiendo, del arroz. ¡Hambrón!
(Damián hace un movimiento para pegar á Juana.
Onofre le sujeta.)
- BLAS ¡Ven! ¡Déjala! (vanse.)

ESCENA X

JUANA

Que me venga con bromas. Me parece
que de un revés le tumbo. ¡Poca lacha!
¡Vaya un humo! ¡Si aquí se ahuma todo
en esta madriguera de ratones!
La cazuela... allí está. Pcco que en ella
se regala el hermano. (Riendo.) ¿Dónde guarda
las cucharas?
(Todo lo que sigue lo dice buscando las cucharas por
los rincones, los huecos de las piedras.)
¡Sí, sí! ¡Qué miserable
todo lo de aquí dentro! Me da rabia
un hombre así. ¡Mirad con lo que goza!
Sufriendo de hambre y frío... ¡siempre solo!
¡Quítenle de mi vista! Yo en su puesto

me moriría. (Se va entristeciendo cada vez más.)

¿Y si se pone enfermo?

¿Qué será de él, Señor? ¡Como no vengan los lobos en su ayuda!... ¿Y quién le ofrece un caldo, un vaso de agua?... De pensarlo toda yo siento frío. ¡Me entristece!

¡Da angustia el infeliz!... ¡Ah, las cucharas!

(Distrayéndose con las cucharas que buscaba y que ve en el lado opuesto al hogar. Toma dos y se dirige al fuego sonando las cucharas como unas castañuelas y cantando entre dientes. Se arrodilla y sopla el fuego.)

Ten; se apaga. Soplemos... Ay, me escuecen.

(Por los ojos. Tose fuerte y se levanta restregándose los ojos con las manos.)

ESCENA XI

JUANA y ONOFRE, que entra sin que ella le vea

JUANA Mañana los tendré como dos ascuas.

(Onofre la abraza, sorprendiéndola.)

¡Vaya, simple!

ONOFRE ¡Qué hermosa, qué salada!

JUANA Lo que no es para tí...

(Con descaro, sin dejar el fuego.)

ONOFRE ¿Por qué? ¿Dí, Juana?

JUANA Porque yo no te quiero, y ya es bastante.

ONOFRE En cambio yo te quiero más que todos.

Yo por tí...

JUANA (Con aburrimiento.)

Te lo guardas.

ONOFRE Y yo tengo

más corazón que tu Damián.

JUANA Bien. Dime,

¿eso con qué se come?

ONOFRE ¡Y cuartos... cuartos,

muchos más que él también!

JUANA (Con fiereza.) ¡Arre, a roncarla!

¿Qué supones? Los gano yo en la mina cargando con la espuerta, y son bien míos.

Y ni Damián, ni tú, ni ningún hombre logró jamás que un perro le tomara.

¡Pues no pensaba .. ¡viejo condenado!
que á mí, como á cualquiera, se me compra
con aguardiente y vino en la cantina!
Cuando tú mueras de hambre, del bolsillo
he de sacar puñados de monedas
y con asco arrojártelas al rostro.

ONOFRE

Es decir, que por mí, tú...

JUANA

Ni respuesta.

ONOFRE

Piénsalo bien.

JUANA

Ya está pensado.

ONOFRE

¡Juana!

JUANA

Antes que tuya ser, me tiraría
de la roca más alta.

ONOFRE

Haz lo que quieras;
ya te arrepentirás.

ESCENA XII

DICHOS, DAMIÁN, después BLAS

DAM.

Agua.

JUANA

(Por Onofre.)

A él. Dásela.

(Canta entre dientes. Damián ofrece el cántaro á Onofre. Este le rechaza.)

ONOFRE

¿La pido yo? No quiero.

DAM.

(¿Qué ha pasado?)

JUANA

Tráemela acá.

DAM.

(No me hace gracia Onofre:
siempre con Juana!)

JUANA

¡Maldecida leña!

Mojada. ¡Claro! ¡Leña! (A Damián.)

ONOFRE

(A Damián.)

Eso á tí; corre.

DAM.

¡Guarda no te la rompa en las costillas!

ONOFRE

Anda, valiente. ¡No ha nacido el guapo
que me siente la mano!

(Damián toma una ramita de la lumbre y enciende
un cigarro. Tira la rama.)

¡Me das lástima!

Te dejo por lo que eres.

(Entra Blas con un puñado de leña y ayuda á Juana
á avivar la lumbre. Hace crugir la leña, oyéndose
desde el público el crugido)

ONOFRE Cuando quieras.
Ya sabes donde estoy.
DAM. Sí, sí. Más vale
que tus ansias por Juana te consuman.
¡Quita, que pringas, tonto!
ONOFRE Ya sabemos
que es solo para tí la Juana. ¡Juana!
¿Cuándo os casáis? (Ríe estrepitosamente.)
DAM. Onofre, no me busques.
(Onofre ríe otra vez.)
JUANA (A Damián.)
No sé por qué le escuchas.
ONOFRE Si le ayudas
claro que me podrá. ¡Pobre!
DAM. ¡Reíral...
ONOFRE ¡Arre!
(Vanse el uno al otro. Blas de un salto se coloca entre los dos.)
BLAS ¡Damián!...

ESCENA XIII

JUANA, DAMIÁN, ONOFRE, BLAS, JOAQUÍN, MANUEL, vienen sin nada. Todos contienen la riña

JOAQ. ¡Ya estamos!
DAM. (A Blas.) ¡Suelta!
MAN. ¡Quietol!
DAM. Donde te encuentre...
ONOFRE Ya lo sabes.
BLAS Basta.
JUANA Cuando riñen así .. vamos, quisiera morirme. Eso es de bestias. ¡Qué dichosa quien nace entre personas!
(Blas se ha llevado á Damián á un rincón. Los otros, apartados juegan á cara ó cruz.)
MAN. Tira.
JOAQ. (Tirando.) ¡Cara!
JUANA Hierve de gusto. A ver. . Algo se nota la guindilla. (Probando el caldo del arroz.)
DAM. ¿Ya está, Juana?
JUANA Le falta
un hervor. Como á tí.

MAN. ¡Cruz!
JOAQ. ¡Cara!
MAN. Cógelas.
JUANA Los platos. ¡Cómo huele!
BLAS (A los que juegan.) Que nos llaman.
(Onofre, Manuel y Joaquín presentan sus platos y Juana les sirve.)
JOAQ. ¿En paz, eh? (A Manuel.)
ONOFRE (A Juana.) No repares. Echa, echa.
JUANA Otro: tú. (A Damián.)
DAM. (Por Blas.) Echale á él, que yo me quedo la cazuela.
BLAS Esa es mía. Yo regalo el conejo. ¡Está bien!
JUANA (sirviéndose.) Ahora, mi plato. Ya os compondreis vosotros.
DAM. La cazuela. Lo ha guisado la Juana.
BLAS Yó hice el gasto.
DAM. Verás, chico...
BLAS ¡Que no!
DAM. Mira, que...
BLAS. ¡Déjala!
DAM. Suéltala tú.
BLAS Que voy á darte.
DAM. Es mía.
(Todos se enteran de la cuestión sin dejar de comer.)
JUANA Ya verás: yo lo arreglo: ten.
(Cogiendo un tronco con ambas manos, parte la cazuela por medio de un golpe.)
VARIOS ¡Oh!
DAM. (Muy airado.) ¡Juana!
JUANA ¿Qué tal? (Riendo fuerte.)
BLAS (La acción de Juana le deja estúpidamente sorprendido. Después rompe á reír.) Nos está bien.
DAM. ¡Rayos del cielo!
JUANA Muy buen provecho.
(Sin dejar de reír. Todos se ríen de ver á Damián furioso.)
DAM. ¡Te ahogaré! ¡Dejadme!
(Avanza hacia ella en amenazadora actitud.)

ESCENA XIV

DICHOS y el HERMANO ALBERTO. Hacia la mitad de la escena se hace noche completamente

BLAS (Que ve por la ventana al Hermano Alberto.)
¡El penitente! (Sorpresa general.)

ALB. (Reprendiéndoles con dulzura y tristeza.)

¿En riña? ¡Y aquí dentro!

¿No sabéis que esta cueva es mi morada?

(Mientras pregunta todos se ríen en silencio, sin atreverse á contestar. Alberto no ha visto á Juana)

Franca á todos está, de día y siempre;

mas no para el rencor... ¿Quién sois vosotros?

(Pausa.)

Ya os recuerdo. Mineros de aquí cerca.

¡Los pobres! Recogíais del trabajo y venís sorprendidos por la lluvia.

(Pausa.)

¿No es así?

BLAS (A quien se ha dirigido directamente.)

Sí, señor.

ALB. ¿Y por qué ahora,

ardiendo de coraje, os embestías

dos de vosotros? (Pausa.) Pero, verdad que era

por cosa baladí? (Pausa.) ¿Por qué luchabais?

(Todos callan.)

Harto hay en nuestra vida, compañeros,

con quien luchar, dentro del pecho, siempre.

(Pausa.)

¿Por qué callais? ¿Mi rostro os causa miedo?

(Momento de silencio, interrumpido por una carcajada de Juana.)

(¡Cómo! ¡Aquí una mujer! ¡Y qué atrevida!)

¿Quién es esa mujer? ¿Será la esposa

ó la hermana de alguno de vosotros?

Responde tú. ¿Quién es la mujer ésta?

BLAS Va... con aquel. (Por Damián.)

ALB. ¿Es su mujer? (¿Se ríen?)

(Todos ríen. Juana muy seria.)

¡Oh, Señor! (A Juana.) Ven, acércate.

ONOFRE

ALB.

¿Yo?

Ella.

- JUANA ¿A mí?
ALB. Sí.
DAM. Vé. (A Juana que duda.)
ALB. ¡Qué jovencita! Dime:
¿con quien vas?
JUANA (Después de mirar á Damián.)
Yo... Pues, sola.
ALB. ¿Sola?
MAN. (A Joaquín a media voz.) Mira,
se pone colorada.
JOAQ. (Con sorna.) ¡Ca! ¡La Juana!
ALB. Pero, y tus padres, ¿cómo así te dejan?
JUANA ¿Mis padres? ¡Sí, mis padres! ¡Soy expósita!
(Vuelve á reir.)
ALB. No rías.
JUANA (Rie más.) Si me mira así, ¡tan serio!
ALB. (Mirándola con honda tristeza y hablándola á media
voz, como si se lo dijera á sí mismo.)
¡Desventurada! En medio del arroyo.
¡Tan joven, y en el vicio, y ya perdida!
JUANA (Ofendida.)
¡Esto ya es demasiado! Chicos, vámonos.
¡Vaya con el hombre!
MAN. (Por la comida: á media voz.) Chica, espera.
JOAQ. Pues, ¿y eso? (Lo mismo.)
ONOFRE Si quisiera permitirnos
acabar de cenar... Ahora empezábamos.
ALB. Sí, buena gente. Lo que os plazca. Es vuestra
mi covacha. Seguid.
JUANA (A Blas, incomodada, dándole su plato.)
Ten, te lo comes.
BLAS ¿Y tú?
JUANA No quiero. Este hombre me enfurece.
(Se sienta junto al fuego.)
BLAS Damián, partamos.
DAM. Llámanme mal genio,
y soy más bueno...
ALB. (Sacándolo del zurrón.) Sólo puedo daros
este pan.
BLAS Oh, no... deje... (Alargando la mano.)
ONOFRE ¡Quiá!
ALB. ¡Tomadle!
BLAS Gracias.
JUANA (¡Hace una libra! Así ya puede
ser generoso. Como no lo afana...)

ALB. (Con tristeza y bondad. Todos forman un corro cerca de la lumbre, sentados en el suelo.)

Dejadme que me siente entre vosotros:
vengo arrecido, y este hogar me atrae.

MAN. (A Joaquín, como respondiendo á una idea anterior.)
Pregúntale.

JOAQ. (A Blas) Eso, tú.

BLAS Diga y perdone.

¿Viene de Huriaga, cierto?

ALB. Sí.

BLAS Y, ¿hay cólera

en Huriaga?... Se dice...

(Ha de notarse el terror creciente en los mineros.)

ALB. Ayer murieron

dos de ese mal.

ONOFRE Y el cólera, ¿es tal cólera?

ALB. Vaya si lo es.

JOAQ. Y dicen que se pega.

ALB. Verdad.

MAN. ¿No tiene miedo?

ONOFRE (Con repugnancia.) Ea, dejémoslo.

ALB. ¿Miedo á morir? Acabo de enterrarlos.

DAM. ¿Usted?

(Van levantándose todos disimuladamente.)

ONOFRE ¿Qué dice?

ALB. Al fondo de la fosa

bajaron en mis brazos, y la tierra
la azada aquella les echó por cima.

ONOFRE (Levantándose.)

No quiero de este pan. (A media voz.)

MAN. Es tarde. (Idem.)

JOAQ. Acabo. (Idem.)

BLAS Pero está usted muy pálido.

ALB. (Sonriendo por disimular.) Sí, es frío.

Dejaron los cadáveres, y todos,
deudos y amigos, se quedaron lejos;

y la fatiga de cavar yo solo

ahora al sentarme y descansar encuentro.

ONOFRE Vámonos. (Muy bajo á los demás.)

ALB. (¡Ah, Dios mío!)

BLAS (Temblando de terror.) ¡Tiene el cólera!

(Hablando cada vez más quedo todos hasta el final
de la escena.)

JOAQ. ¡Miradle qué semblante!

ALB. (¡Ah, lo de siempre;
me ahogo!)
MAN. Buenas noches.
BLAS Buenas noches.
(Van desfilando silenciosos, mirando con receloso pavor
al hermano Alberto y murmurando.)
JUANA ¿No advertís que está enfermo?
JOAQ. No.
ONOFRE (Alberto tiembla de frío.) Es que reza.
JUANA ¡Damián!
(Pidiendo auxilio á unos y otros. Todos salen.)
DAM. ¡Es frío!
JUANA ¿No tenéis entrañas?
BLAS No es nada. (Se va.)

ESCENA XV

JUANA, HERMANO ALBERTO

JUANA (Que ha corrido á él, viéndole desfallecer.)
Está muriéndose. ¡Pobre hombre!
¡Hermano Alberto!... ¿Si habrá muerto? ¡Inicuos
¡Hermano Alberto!... ¡Oh, Dios! ¡Y todos fuera!
(Sosteniéndole en sus brazos.)
¡Desgraciado! ¡Está frío! ¡Y no respira!
¡Late su corazón! ¡Oh, sí! ¡Salvajes!
¡Dejarle así!... ¡Suspira!... Sí, callemos.
(Le envuelve con su pañolón como á un niño.)
¡Ah, qué contenta estoy! Aunque supiera
haberme de morir, no le dejaba.
(Mirando complacida cómo vuelve en sí.)
¡El pobre! ¡Sólo aquí como una bestia!
Va á abrir los ojos.. Ya los abre...
(El hermano Alberto habla como presa de delirio. Juana
al pronto le mira con extrañeza, sonriendo al fin.)
ALB. ¡Ah! ¿Tornas?
¿Has dejado el sepulcro para verme?
¿Quién restañó la sangre de tu herida?
¿Tienes piedad de mí, aunque en tu pecho
el puñal te clavé? ¡Habla! ¡Perdóname!
¡Yo quiero tu perdón, que yo te amaba!
Por ti dejé de ser, al verte muerta,

y en mi pecho no hay nada. ¡Es una fosa!

(Risolada de Juana. Alberto despierta al sentirla.)

JUANA

(¿Por qué he reído? ¡Pobre! ¡Me detesto!)

ALB.

¿Dónde me hallo? ¡Dios mío! ¡Ah sí, en mi cueva!

JUANA

¡Hermano Alberto!

ALB.

¿Quién? (¡Ah, la perdida!)

¿Por qué has venido aquí? (Con rudeza.)

JUANA

(Toma, me riñe)

(Pausa. Alberto comprende lo que ha pasado.)

ALB.

¡Ah! Los mineros, ¿dónde están?

JUANA

Se fueron.

ALB.

¿Y tú?

JUANA

Yo me quedé. Temen al cólera.

ALB.

¿Yo?...

JUANA

(¡Se me fué! He dicho una simpleza.)

ALB.

(Me creen contagiado, y, por salvarse, huyen de mí. La humanidad, ¡qué monstruo!)

JUANA

¿Y... cómo está?

ALB

(Miren qué cosas ¡esta!

¡quién dijera!... Ella sola.)

(Cáese el pañuelo de los hombros de Alberto.)

JUANA

Ah, no, no; abríguese.

ALB.

Dame, sí.

(Tomando el pañuelo de mano de Juana.)

JUANA

¡Pobre!

ALB.

¿Y tú, por qué no escapas?

JUANA

Yo á nada temo.

ALB.

¿A nada? ¿Ni aun al cólera?

JUANA

No.

ALB.

Mueren todos.

JUANA

¡Phst!

ALB.

¿Vivir no quieres?

JUANA

¡Ya lo creo!

ALB.

¿Luego hoy eres dichosa?

JUANA

Ni yo misma lo sé... ¡Vivo!

ALB.

¡Das lástima!

Sin respetos á nada; mujerzuela en el lodo caída!

JUANA

No lo entiendo.

Nunca á nadie hice mal. (¿Qué quiere?)

ALB

(Quédase mirándola. Después habla con cierto afecto y severidad, despacio.)

Vete.

Te lo agradezco más de lo que crees

à tí, que al azar obras, aturdida.
Vé y que Dios te lo pague.

JUANA Mas, si enfermo
se encuentra usted, que yo se lo conozco...

ALB. Mi mal es de aquí dentro. No hay cuidado.
Há tiempo que él y yo nos conocemos.
Gracias. (Por el pañuelo, que ahora toma Juana.)

JUANA Pues... buenas noches.

ALB. Dios te guíe.

JUANA (Hago muy mal, si como está le dejo)

(Medio mutis.)

ALB. (Tiene buen corazón.)

JUANA (¡Llueve!.. ¡Que llueva!...

Me quedaré allá fuera por si acaso
hasta el amanecer. Yo estaré alerta.)

ALB. Conque alce usted la voz, le oiré en seguida.
No; vuelve... Junto á mí.. Siéntate y dime
quien eres. Tu niñez; tu vida toda.
Dios solamente nos escucha, y quiero,
como tú misma, conocerla entera.

(Juana le obedece lentamente y se sienta en un tronco ó piedra, casi á sus pies.)

JUANA Tome el pañuelo.

ALB. No es preciso.

JUANA Abriga.

ALB. No.

JUANA Ni ganas. (Tirándolo irritado.)

ALB. Recógele.

JUANA (Se lo ofrece de nuevo. Lo toma.) Es de lana.

ALB. Cuenta.

JUANA (Pausa. Juana mira al Hermano Alberto entre sonriente y pesarosa: turbada.)

ALB. ¡Si es que no sé lo que decirle!
De otros días; de aquello que se pierde
en lo lejano y nos parece un sueño.

JUANA Lejos... lejos... ¡qué tiempo ya! Recuerdo
cuando era... así, (Indicando que era muy chiquita.)

de un ciego. Me llevaba
de pueblo en pueblo. Según dijo hallóme
llorando en un camino, desnudita,
dentro... ¿de qué dirá? de una colmena
que fué de abejas nido. Gente alegre
debieron ser mis padres. Murió un día
el ciego y vine á verme no sé cómo

en una casa de labranza, y hecha
ya una gran cosa, ¿no se lo figura?
Me hicieron la porquera ¡ya mandaba!
Tenían los señores una hija
de mi edad, poco más ó poco menos,
un poco contrahecha, así... ¡gibosa!
¡Qué lástima me daba! No crecía,
y yo espigándome. Pues mire, á veces,
cuando caía en ello, por no darle
que penar me encogía yo á su lado.
¡Hasta hubiera querido ser como ella!
Pues ¿creerá que los amos me arrojaron
porque lucía más? Así decían.
Tomáronme después en otra casa
de alrededor, y ya subí .. me hicieron
vaquera, nada menos. ¡No me hallaba,
que no es igual mandar puercos ó vacas!
Y siempre así subiendo hasta hoy en día
que mando á hombres, y tan poco valen,
que si lo pienso, creo que he ido á menos.

ALB. (Se levanta violentamente y vuelve á sentarse reprimiéndose.)

(Me hace daño.)

JUANA ¿Qué tiene? ¡Bah, dejémoslo!
Hágase cuenta de que nada he dicho.
(¡Qué hombre! Quiero hacerle que se ría,
y toma, no se ríe, y se me enoja!)

ALB. ¿Y no has sentido aquí... nacer purísima
una flor; dí? ¿Nunca en la vida, nunca?

JUANA El qué..

ALB. ¿Nunca has querido? ¡Amor del alma!

JUANA Querer... querer... ¿Y cómo?

ALB. Como se ama.

Afecto que desliga ó encadena,
que nos hace ser buenos, creer que todos
en la vida lo son como los ángeles.

JUANA Sí, sí

ALB. Y es un afecto que nos deja
un mundo de suspiros. ¿No lo sabes?

JUANA (Se ha ido entristeciendo.)

Mucho que sí. Pero, ah, doble la hoja,
dóblela, sí, porque eso me entristece.

ALB. (¿Habrá un rayo de luz entre sus nieblas?)

Habla.

JUANA
ALB.

No, y no.

Que sí. Cual si estuvieres
ante el ministro del Señor, contesta.

(Contrariado al ver el silencio de ella.)

Pero qué puede ser, ¡vergüenza y vicio!

JUANA

(Irritada.)

Pues, no, señor. ¡Cuidado con el hombre!
Se le puso irritarme. ¡Siempre, siempre
así, cual si yo fuera cualquier cosa!

(Con creciente tristeza, que acaba en llanto prolon-
gado.)

Pues, he querido á un niño y aún le quiero,
y eso que ha muerto, ¿sabe? Pues por verle
otra vez, si pudiera ser, yo iría
hasta el fin de la tierra de rodillas.

¡El pobre! Si hace un mes que le estrechaba
en mis brazos, aquí... Mire, su madre
trabajaba en las minas. Quedó viuda
con el niño de un año, y tanto, tanto
sintió al marido, un vago, que al fin ella
cayó también. No se cuidó la pobre,
y al avío. Una tarde la enterramos.

Yo entonces me apropié la criatura
y ¡qué feliz con ella! Damián, Nofre,
todos lejos de mí. Arre, á camparla.

Le cantaba canciones, le dormía
con villancicos que aprendí en la infancia,
le llevaba á la mina en una espuerta,
y trabajaba más si él me miraba.

¡Hijo de mi alma! ¡Cómo las manitas
levantaba llamándome! Yo iba,
le pintaba un bigote, con los dedos
negros de tanto trasegar carbones,
y hasta el enjuto pecho le acercaba
á los labios, comiéndomelo á besos
y riendo á carcajadas, como loca.

Pero se me enfermó. Y allá, una tarde,
mientras triste mirándome sonreía,
la carita dobló sobre mi pecho,
y yo pensé que se dormía el pobre.

¡Ay, no! No era dormir, que era la muerte.

¡Ay, no, que al hijo mío de mi vida,
unas gentes sin alma y sin entrañas

vinieron á arrancarme de mis brazos!

(Llora desesperadamente.)

ALB. (Muy emocionado por la pena de Juana, que revela la belleza de su alma. Habla con gran vehemencia.)

¡Llora, llora! ¡No sabes qué alegría tus lágrimas me dan! ¡Si yo pensaba que eras solo montón de barro humano!

(Juana, al ver la exaltación del Hermano Alberto, deja de llorar, poniéndose seria.)

¡Ahógate en llanto, sí! En tí hay chispazos del sacro fuego. Pide á Dios que inflame tu pecho. Has de ser buena, sí, arrodíllate, arrodíllate y reza.

(Juana le mira sorprendida. El le habla con grande imperio en medio de su exaltación. Juana se arrodilla.)

¡Así. . . despierta!

Rompe con tu pasado. He de salvarte por tí, por mí: que aquí una voz extraña tu salvación de mi conciencia pide.

¡Dios, la quiero salvar! ¡Que ya la salve!

¡Por mis luchas, Señor!

JUANA (Rompiendo en una carcajada.)

¡Si Damián viérame!

ALB. (Con soberbia indignación cogiéndola de un brazo.)

¡Desgraciada, levanta!

JUANA (Todavía riendo, pero algo confusa.)

Yo...

ALB. Y no me hables.

¿Por qué has reído? ¡Es un puñal tu risa!

(Juana quiere hablar para disculparse. Ya muy seria otra vez.)

Ni un solo instante más. Sal.

JUANA ¿Que me vaya?

ALB. Sí. Quien eres no sé. No te conozco.

(Juana coge el pañuelo del suelo y se va, marchando poco á poco hacia la boca de la cueva.)

JUANA (Servid á los demás para esto. ¡Miren, después que le auxilié cómo me trata!)

(Juana ha salido.)

ALB. Ya nunca más á esta mujer ver debo.

JUANA (Mirando por la puerta y volviendo á desaparecer rápidamente.)

¡Ingrato!

ALB.

(Corriendo á la puerta.)

¡Oh, no! (Retrocediendo asustado.)

¡Jesús! ¿A dónde iba?

¡Nunca más, nunca más! Sueño del alm
torna al sepulcro de mi pecho herido.

Yo aquí, muriendo, sin tu luz me vea,
y en esta soledad por siempre solo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Wenceslao Bueno.

Lugar montañoso. Montañas practicables al foro. En último término y á la derecha, á nivel de las tablas, la entrada de la mina. También en último término sobre las rocas, en lo más elevado, la puerta de la cueva del Hermano Alberto. Piedras por la escena en que poder sentarse. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

MOSSEN JORGE, ENRIQUE. Al levantarse el telón salen de la cueva del penitente y bajan al proscenio

ENR. No querrá Dios, sin duda, que le vea.
Mos. No será porque yo no te lo he dicho que tampoco estaría. Desde el día que llegaron mineros se hizo huraño. Huye de todos.

ENR. Bien, ¿mas de nosotros?
Mos. No, de nosotros no.

ENR. Pues yo imagino que como á todos los demás nos trata. Desde la tarde aquella, há quince días, en que le conocí, ni rastro suyo; cual si la tierra en sus profundos senos se hubiera abierto para darle asilo.

Mos. Es verdad.

ENR. Ya tres veces para verle á estos riscos subí; pero le juro que es hoy la última vez. Corre, fatígate por estas breñas; y ahora justamente

- que es preciso cuidarnos. Muelle vida no más, y sea lo que Dios disponga.
- MOS. ¿Ya vuelves con el cólera? Es manía. El capataz no ha muerto de eso.
- ENR. Basta.
- MOS. ¡Claro está! ¡Cómo te has equivocado!
- ENR. Bueno; como usted quiera. (sonriendo.)
- MOS. Si yo mismo le vi morir. ¿Qué me dirás, muchacho?
- ENR. A fe que es mucho cuento. Yo bien puedo un título tener, observar mucho, ¿de qué me vale con usted? Si el crédito hubiérame de hacer usted... ¡Ay, tío!
- MOS. ¡Aquí el cólera! ¡Sí, con esos aires tan puros!
- ENR. Yo seré para cualquiera médico; para usted nunca en la vida.
- MOS. Tú tienes ciencia, chico, y yo experiencia.
- ENR. ¿Sabe usted lo que tiene? Miedo.
- MOS. (Con seriedad.) Cumpló— tanto si es como no el cólera,—y siempre mi sacerdocio cumpliré sin pena.
- ENR. Bien, tío, no se enfade.
- MOS. ¡Vaya!
- ENR. Y oiga: no viva de ilusiones; tres mineros han muerto ya del cólera, y entre ellos el capataz, que ha poco han enterrado. Y no hay más. Tire usted por donde quiera.

ESCENA II

MOSSÉN JÓRGE, ENRIQUE, BLAS

- BLAS Buenos días, señor. ¿No me conoce?
- ENR. ¡Pues ya lo creo! Tú eres el minero...
- BLAS Sí, soy el mismo á quien le dió usted un duro, y como es usted médico, querría que me viera.
- ENR. Pues habla. ¿Qué te duele?
- BLAS Usted sabrá, que es médico. Yo... pobre de mí...
- ENR. Bueno. ¿Qué sientes?

- BLAS Nada ahora.
- ENR. ¿Entonces?
- BLAS ¡Oh...
- ENR. ¡Pues habla!
- BLAS ¿Qué podría tomarme?...
- ENR. Pues, señor, yo no te entiendo. ¿Qué ha querido decir, sabe usted, tío?
- BLAS Es que ellos se murieron de esa cosa, y yo me moriré también.
- ENR. ¡Acaba!
- ¿Quién ha muerto y de qué? Dilo ó me marchó si no hablas claro.
- BLAS Digo que en las minas ya han muerto tres; los tres, porque bebieron del agua de esa fuente aquí cercana, y todo lo hace aquel... (Por el Hermano Alberto.)
- MOS. ¡Oh!...
- BLAS Que envenena el agua clara para darnos muerte, y quedarse otra vez dueño del monte, como antes.
- MOS. ¡Cómo!
- ENR. Déjele usted que hable.
- BLAS Y yo no lo sabía, y he bebido.
- ENR. Y ahora, ¿cómo lo sabes?
- BLAS ¡Por los muertos!
- ENR. ¡Gran prueba, desdichado!
- MOS. ¡Qué calumnial
- ¿Sabes lo que esas muertes son? Castigo del cielo.
- BLAS Sí, ya estoy. Como nosotros somos gentuza para usted... Mas somos para Dios como todos los nacidos.
- MOS. ¡Habrás visto el atrevido!
- ENR. Anda, y de esa fuente envenenada llena un cántaro y lo traes; vé de prisa.
- BLAS ¿Es que ..
- ENR. ¡Largo!
- BLAS (Amenazando hacia la cueva.)
- ¡Ah, el mal hombre!
- MOS. Esto es horrible.
- Algo maquinan contra el pobre hermano. ¡Ya me oirán en el púlpito el domingo!

- ENR. Tampoco creen que haya sido el cólera,
y buscan causas...
- MOS. Fuerza es convencerle.
- ENR. Déjelo de mi cuenta.
- BLAS Aquí está el cantaro.
(Trae el cántaro sujeto por el asa con un palo.)
- ENR. Dámelo
- BLAS ¡No lo toques!
- (Viendo que Enrique bebe.) ¡Ah, no, no bebas!
- MOS. ¡Cuánta ignorancia!
- BLAS ¿No le tiene miedo?
- ENR. Siento ya unas cosquillas...
- BLAS ¿Qué, del agua?
- ENR. ¡Ay, moriremos juntos! Ven, abrázame.
- BLAS ¡Madre de Dios! (Temblando.)
- MOS. (Riéndose.) ¡Enrique!
- ENR. (Idem.) ¡Tonto, simple!
¿No te causa vergüenza? Yo pensaba
que eras un bravo mozo, y aún quería
sacarte de la mina para hacerte
cosa mejor, ya general, ya obispo,
¡qué se yo! Pero ahora, á tragar tierra.
Puedes quedarte.
- BLAS Es que ellos lo pregonan,
y yo, al fin...
- MOS. No les creas.
- ENR. Vaya, un trago.
- BLAS ¿No mata? ¿Lo asegura?... (No lo toma. Duda.)
- ENR. Lo aseguro.
- BLAS ¿Y usted?... (A Mossén. Lo va á beber y reflexiona.)
- MOS. Hombre, también.
- ENR. ¡Arriba, ánimo!
(Blas toma el cántaro y se lo vuelve á dar á Enrique.)
- BLAS Pero usted un poco más.
- ENR. De buena gana. (Bebe.)
- MOS. Ya ves.
- BLAS No se hable más.
(Como convencido. Blas ofrece el cántaro á Mossén.)
- MOS. (Rechazándolo.) ¡Tú!
- BLAS (Insistiendo en dárselo.) Beba, beba.
Sin cumplimientos. ¡Oh, me toca el último!
¿Antes que el señor cura? ¡Dios me libere!
(Bebe Mossén Jorge.)
- ENR. Ahora, á ver.

ALB. (Por el cielo.) ¿Yo? Allí se encuentra quien pudiera, arrojándome del mundo. De los hombres no quiero más que olvido; el mismo en que les tengo. Y que al dormirme no despierte jamás. Eso quisiera.

Que me trague un abismo, parta un rayo, arrástreme un torrente ó que una roca como un insecto, sin piedad, me aplaste.

ENR. ¡Hermano!... (Resentido de su lenguaje.)

ALB. Sí, perdonen. Yo les ruego que me traten lo mismo que á un leproso, y huyan al encontrarme en su camino. ¡Nieves eternas en redor me cerquen! Todo me agita. El agua que murmura, el viento sobre la hoja, el canto agudo del gallo; el rastro de la sierpe, todo lo que es luz, lo que es fuerza, lo que es vida. Quiero la soledad: sombra, silencio por todas partes, fuera y en el alma.

(Se sienta sobre una roca cubriéndose el rostro con las manos.)

ENR. Vamos, tío.

MOS. Ahora no. (A Alberto.) Si comprendido hubiera yo que lo que usted quería era un lugar donde matarse, nunca le mostrara estas rocas: bien seguro. Dios quiere que la vida conservemos, crimen, hermano Alberto, es el suicidio, y usted, créame, hermano, se suicida con su conducta.

ENR. Si no le oye. Vamos.

MOS. No tal, y menos ahora, tan odiado. ¿No recuerdas que todos imaginan que él la muerte ocasiona á los mineros? ¿Que han muerto obreros?

ALB.

ENR. Tres.

ALB. (Con cierta ansiedad.) ¡Ah, lo ignoraba!

MOS. Y es lo peor que para ellos, sólo usted el agua emponzoña.

ALB. (¡Si habrá muerto!)

MOS. Conviene que se guarde, que estas gentes...

ALB. (Sin escuchar á lo que se refieren. A Enrique.)

Y los muertos... ¿son hombres sólo, diga?

ENR. También una mujer.

ALB.
MOS.

¡Oh!
Si á mi casa

quiere venir...

ALB. (Siempre á su deseo.)

¿Los muertos quienes eran?

ENR. El capataz...

ALB. No, ella.

MOS. ¿Ella? Una moza.

ENR. Fué el primer caso.

ALB. ¿Fué el primero? Cuénteme.

ENR. ¿Es que alguien le interesa?

ALB. (Con rudeza. Muy violento.) Me interesa todo en el mundo. Vivo entre los bosques mas no á par de las fieras. Tengo entrañas como ustedes también; no soy un monstruo, y sé llorar ya que reír no sepa; que al placer renuncié, no á los dolores.

MOS. ¡Hermano!... (Queriéndole calmar.)

ENR. ¡No, por Dios! (Idem.)

ALB. ¡Que el cielo os guíe!

ENR. Pero....

ALB. Basta, señores. Buenas tardes.

(Se va despacio hacia la izquierda sin llegar á desaparecer. Mosen Jorge y Enrique salen por la derecha.)

MOS. Nos deja.

ENR. No lo entiendo. Se lo juro. (vanse.)

ALB. ¿Cómo saber el nombre de esa muerta?

(Pausa. Vuelve al centro de la escena.)

Mas, ¿por qué me ofendí? Ni me lo explico. Aun les diviso allá.. ¿qué habrán pensado? Voy á que me lo digan...

(Da algunos pasos en la dirección que han tomado Mosen Jorge y Enrique y se detiene.)

No me atrevo.

(Pausa, con desprecio.)

¡Ah! ¿qué me importa esa mujer? Si es ella, Dios le hizo un bien. Importa á los mineros, sientan ellos su muerte y que la llore aquél Damián que de su amor vivía.

¿Y si la muerta no es? ¿Si acaso aun vive?

¡Vale más que sobre ella los gusanos celebren su festín, que no la boca babeante de un monstruo.

(Pausa.) ¡Oh, Dios! ¡Quién sabe

si llamándome ha muerto arrepentida!
¿Si se habrá visto sola, abandonada,
ella que vino en mi socorro presta,
que es tan buena? ¡Gran Dios! ¿Que es bue-
[na he dicho?
¡No, buena, no! ¡Señor, Señor, qué angustia!
(Pausa. De pronto se levanta resuelto.)
Quiero saber qué es de ella. No más dudas.
Sólo saberlo, y cuando el sol se ponga.
escapar de esta tierra que me espanta.
(Sale estremadamente agitado por la derecha.)

ESCENA IV

MANUEL, JOAQUIN; después ONOFRE y después BLAS. Vienen por la izquierda todos con las cestas de la comida. Algunos con mantas, capazos, etc.

JOAQ. Hala, chico, á jugar. Queda media hora hasta el toque de esquila.

MAN. (Sonándose el bolsillo) No hay moneda.

ONOF. ¡Hola, mozos!

JOAQ. (A Onofre) ¿Jugamos?

ONOF. No, no juego.

¿Aun no hemos incendiado aquella gruta?
Si el nido le dejamos, poco á poco caeremos los demás.

BLAS Y ¿estás seguro de que él fué quien mató á los compañeros?

ONOFRE (A Joaquín. Despreciativo por la duda de Blas.) Ahí tienes á este. Cuéntaselo, chico.

BLAS Pues ya ahora no lo creo. Esto es el cólera. Me lo ha dicho el doctor. Debe saberlo. Por las narices cuentan que se cuela.

MAN. Suerte tienen los chatos

ONOFRE Con un arma lo acabo yo al instante.

JOAQ. Y él que siga.

Con otro más que muera, no me aguanto.

ONOFRE Es que hay más, y es peor, porque hasta pienso que es brujo.

JOAQ. ¡Cá!

BLAS Tal vez.

ONOFRE Y que á la loca
ha embrujado.

MAN. ¿A la Juana? Te chanceas.
JOAQ. Pues si á ella no la embruja ni el demonio.
BLAS Ella es capaz, si se le pone hacerlo,
de embrujarnos á todos. Y ahora caigo;
á tí ya te ha embrujado.

ONOFRE ¿A mí?
BLAS Darías
por obtenerla...

ONOFRE ¿Yo? ¡Ni esto! ¡La Juana!
Pero explicadme, si esto no es de brujas.
¿Sabéis la tarde del conejo? Ella
se quedó

MAN. Sí, es verdad. Todos huimos
por miedo á...

ONOFRE Pues de entonces que la Juana
para nada ni nadie está De pronto
rompió con su Damían... Y hasta la he visto
(Con misterio.)
llorar.

JOAQ. Rarezas tuyas.
BLAS ¿No lloraba
cuando el niño murió?

JOAQ. Y hablaba sola.
BLAS Cuatro días pasó que parecía
una santa de yeso.

ONOFRE Ahora van quince,
y al Damían como á todos nos rechaza.

MAN. Loca está.

ONOFRE Brujerías .. ¡Aquel hombre!...

ESCENA V

DAMIAN, ONOFRE, BLAS, JOAQUÍN, MANUEL, después MINEROS
de ambos sexos con cestas, capazos, etc. Van llegando poco á poco,
esperando la hora de entrar en la mina. Se agrupan aquí y allá por
la escena

DAM. Hola, ¿qué hacéis? (siempre muy brusco.)
BLAS Ya ves, esperar la hora
de ir adentro.

DAM. ¿No ha dado la campana?

JOAQU. Aun no.
DAM. ¿Pues qué hacen?
ONOFRE (Con sorna.) Algo te sucede.
Vé de cuidarte. Tienes mal aspecto.
MAN. Verdad.
DAM. Pues no. Vender salud podría.
ONOFRE ¿O es que estás triste? Bien se ve. ¿Qué tienes?
DAM. ¿Yo triste? ¿Quién lo ha dicho? Y si es chacoja...
ONOFRE No se hable si te enfadas.
(A Blas.) Verás; háblale
de la Juana.
BLAS Damián, ¿dónde está aquella?
DAM. ¿Quién?
BLAS La Juana.
DAM. No sé. Ya no me importa.
BLAS ¿Y eso?
DAM. Que me cansé.
BLAS Pues ella cuenta
que te dejó.
DAM. ¿Qué quieres que ella diga?
JOAQU. ¿Como es?...
DAM. Id al infierno.
BLAS (A Onofre que intenta insistir.) No le busques.

ESCENA VI

JUANA, DAMIÁN, BLAS, ONOFRE, JOAQUÍN, MANUEL, MINEROS. Juana entra con la cabeza baja y se sienta sola y triste

DAM. (¡Ah, ya está aquí.)
BLAS La Juana.
ONOFRE (Por Damián.) ¡Vedle, vedle!
(No le quita los ojos. ¡Oh, qué rabia!)
(Se dirige a donde está Juana.)
BLAS Déjala, Onofre.
ONOFRE No, Juana, ¿estás triste?
(Juana no se da cuenta de que la hablan.)
Juana...
JUANA ¿Quién es?.. ¿Qué dices?..
DAM. Blas, repara...
Si no la deja, ¡ay de él! Voy á hacer una...
BLAS Déjalos, hombre.

- DAM. Es que...
(Metiéndole un instante entre los grupos.)
- BLAS Déjalos. Vente.
(Desaparecen ambos de la vista del público.)
- ONOFRE (A Juana.)
¿Lo ves? Ni me contestas. ¿Qué apostamos que no sabes siquiera lo que he dicho?
(Sigue distraída.)
¡Juana!...
- JUANA ¡Qué pesadez! ¡No, no te calles!
- ONOFRE (Con intención.)
Escucha: dice Blas si allá en la cueva del penitente, como la otra tarde quisiéramos comernos un conejo.
- JUANA ¡No, no! ¡Ya nunca más!
- ONOFRE ¿Por qué? ¡Reimos!
- JUANA Vosotros, que dejásteis aquel hombre cuando estaba muriendo, ¿volveríais de nuevo á su presencia? ¡No hay vergüenza! ¡Qué asco todos me dais! Vuestra alma es mala.
- ONOFRE (Con ironía.)
Pero tú puedes ir. La tuya es buena.
¿Nunca le has vuelto á ver?
- JUANA Nunca más.
- ONOFRE Juana...
- JUANA ¡Cuidado que eres fresca!
(Levantándose.) Ay, chico, déjame.
(Se va á sentar lejos.)
- ONOFRE Escucha. (Siguiéndola.)
- BLAS No, Damián.
(Sujetándole porque quiere dirigirse á donde están Juana y Onofre.)
- DAM. Tiene la culpa de que ella no me quiera. Si no, mírale.
- ONOFRE ¿Piensas en el Damián?
(Con intención de que éste le oiga.)
- JUANA ¿Yo en él? Ni gota.
- DAM. ¡Oh, basta! (Buscando en el bolsillo el cuchillo.)
- BLAS ¡Que te pierdes!
(Suena la campana para entrar en la mina. Damián, al ver que Onofre se aparta de Juana para entrar en la mina se tranquiliza.)
- DAM. ¡Suerte ha sido!
(Dirígense todos á la mina, hombres y mujeres. Juana

ni ha oído la campana. Onofre vuelve atrás y la dice al oído:)

ONOFRE

Viene el hermano Alberto.

JUANA

(Levantándose súbitamente.) ¡Oh, no!

ONOFRE

¡Qué susto!

(Corre hacia la mina, riéndose de la gracia.)

ESCENA VII

JUANA

¡Ca, me ha engañado! ¡Vaya con las bromas!

(Esforzándose por estar alegre.)

Pero esto ha de acabar. ¡Fuera mi muerte!

¡Vaya si he de morirme! ¡Fuera! ¡Fuera!

Como antes, á triscar, y á verme negros cara y brazos. Y á reir, á reir siempre.

¿Quién más feliz que yo? No tengo padres,

(Se va entristeciendo y acaba por llorar.)

hijos tampoco, ni siquiera un perro

que se tienda á mis pies agradecido.

¿Quién la puede querer á una perdida?

Ahora Damián me quiere, Onofre y otros,

porque igual se me da. Y ellos un día

me arrojarán de sí, como se arroja

la noche de la fiesta la albahaca.

(Vuelve á caer sentada, llorando. De pronto se levanta, tirando el cesto, del que caen algunos objetos.)

¡Maldito el mundo! ¿Toma, pues no lloro?

(Haciéndose la indiferente.)

No sé si incomodarme ó reir. Parezco

idiota, ¿Idiota? ¡Ca! Pero si hay veces

que pienso estarlo. (Persignándose en la frente.)

A fe. Porque, sepamos.

¿A qué viene llorar? ¡Simple, so tonta!

No sé cómo llamarme. Me aborrezco.

Y aquel indiano, aquel mala ralea,

que no sé qué ha de hacer en las montañas,

¡váyase al diablo! Es fuerte cosa: verle

y quedárase aquí, todo fué uno.

(Por el pensamiento.)

Si me vuelvo, parece que está oculto

detrás de mí, injuriándome, el milano.

(Se vuelve azorada.)

Y algunas veces, si olvidarle quiero,
parece que me llama aquel mal hombre.

Porque es malo. Si no, no me diría
si soy ó si no soy... Ni de la cueva
me arrojara, soberbio, como lo hizo,
dándome en cara con la puerta. ¡Necio!

(Recogiendo los objetos caídos.)

Si hay veces que... Volvamos á la mina.

(Va rápidamente hacia la entrada de la mina.)

ESCENA VIII

JUANA, DAMIÁN

DAM. Juana, espera. (Sale de la mina.)

JUANA No puedo. Tengo prisa.

DAM. Yo más, y aquí (Por el corazón.)

JUANA ¿Qué quieres?

DAM. Quiero hablarte.

JUANA ¡Ya lo haces, ea! (Impacienté.)

DAM. Di, ¿por qué me vuelves
la espalda? Yo, ¿qué te he hecho?

JUANA ¿A mí?

DAM. Sí, dímelo.

Habla, si te ofendí; mas no me pongas
ese gesto, que así me martiriza.

JUANA No te guardo rencor. Puedes creerme.

Nada me has hecho tú. Pero es que quiero
cambiar de vida para siempre.

DAM. ¿Cómo?

JUANA No quiero ser una perdida. Déjame.

(Queriendo irse á la mina.)

DAM. ¡Oh, no!

JUANA Que falto ya.

DAM. No quiero, Juana.

Mía serás, como lo fuiste; esclava,
esclava, ¿entiendes bien? Y mi casucha
es la tuya. De día, á todas horas
sujeta á mi deseo, y defendida
aquí de todos y de todo: presa.

- Y ya que no me quieras buenamente,
por fuerza. ¡Cuando no, que Dios me mate!
Que me haces daño. ¿Tienes garras?
- JUANA
DAM. Mira.
- No tengo salvación si ahora no vuelves,
porque vivir sin ti no puedo. Siento
que cuando tú no estás, me falta todo.
¡Dios, el aire, la luz, la vida! Sábelo.
Yo, el de mal corazón, Juana, el avieso
aquel que te pegaba al verte débil,
que por sus padres no lloró una lágrima,
como serpiente arrástromme en mi cueva,
respirando, con sed que nunca sacio,
el aliento que en ella te dejaste;
y como ahora, mira, ¡lloro, lloro
porque te quiero! ¡Lo ignoré hasta ahora!
Damián, ¿qué haces? Sérenate. Si el mismo
no pareces.
- JUANA
DAM. ¡Maldita la hora sea
en que pude nacer! ¿Qué quieres que haga
para volver tú á mí? ¿Qué quieres, dime?
¿No oyes que te amo? ¿Que eres mía, mía?
Todo acabó por siempre. No me pares.
- JUANA
DAM. ¡No!
- JUANA
DAM. ¡Antes muerta!
- JUANA
DAM. ¡Oh, no! Y antes la mina
se abra á mis pies. Tú y yo una misma cosa
hemos sido y lo somos para siempre.
Ya no.
- JUANA
DAM. ¿Que no? Es que hay otro que gobierna
entre ambos. Aquí está. Ve. ¿Le conoces?
(Saca el cuchillo y lo abre.)
El pan tú y yo cien veces rebanamos
con este mismo, y cruje el pan que corta.
Quieres darme á entender...
- JUANA
DAM. Que si esta noche
no vas á mi barraca, donde te halle
lo hundo en tu corazón. Y hoy yo te juro
que éste te encontrará. Pierde cuidado.
Ya lo sabes.
- JUANA
DAM. Damián...
¡Haz como quieras!
- (Damián vuelve á la mina. Después de pararse y volver
el rostro hacia Juana, como queriendo decir algo más,
se vuelve y entra de prisa)

ESCENA IX

JUANA. Después el HERMANO ALBERTO

JUANA

(Llorando.)

Con qué cara lo ha dicho. Parecía que me fuese á matar. Y yo no puedo ya más vivir con él. ¡Ay, desgraciada! ¿Por qué he nacido?

ALB.

(Viene por la izquierda. Se detiene al conocerla. Pasa por detrás de ella, no queriendo ser visto.)

¡Una mujer! ¡Oh, es ella!

Me ahogaba el paso. ¡Vive! Pues en marcha. No quiero saber más. Tranquilo quedo. Que no me llegue á ver...

JUANA

(Sin variar de posición.) (¡Ah, siento pasos!)

ALB.

(Esperará á Damian... ¡Eh!) (Con repugnancia.)

JUANA

(¡Damián, vuelvel)

¡No! (Con tristeza y miedo, reconociendo al Hermano.)

ALB.

Buenas tardes.

(Con fingida indiferencia. Sin detenerse.)

JUANA

(¡Ei! ¡Quien me maltrata,

quien me ha hecho tanto mal!)

ALB.

(¿Llora ó se burla?

¡Es muy capaz!...)

JUANA

(¿Cómo entenderse puede?

(Juana le mira casi de espaldas á él, que conserva la misma actitud, alejándose, pero muy despacio.)

Le tengo inquina y no le tengo inquina.)

ALB.

(No se puede creer que tengan alma las mujeres como ésta.)

JUANA

(¡Y allí dentro

vive feliz. ¡Dichoso de él!... ¡Se acerca!

(Alberto va resueltamente á ella.)

¿Qué querrá? No le temo. Si él me diese la muerte y no Damián, ¡oh, qué alegría!

ALB.

¿Por qué de mí te burlas?

JUANA

¿Yo me burlo?

¡Cuidado que es! ¡Me desespera este hombre!

(Entre llorosa y enfadada.)

ALB.

¿Por qué vine? ¿Por qué?... Si me parece que me empujaban... ¡Ah, reposo mío!

(Se vuelve.)

- JUANA Escuche una palabra.
ALB ¡No, no!
JUANA ¿Me odia?
(Se detiene.) No más que una pregunta.
ALB Dímelas, pues, ¿qué esperas?
(Juana se aproxima á él.) No te acerques.
JUANA ¿No? (Deteniéndose con temor)
ALB ¡Y acaba!
JUANA ¡Ah, perdón!
ALB ¿De qué?
JUANA (Con arrelato apasionado.) De verle,
de soñarle!... ¡De nada!
ALB Vamos, sigue.
JUANA De mirarle por todo, y aun de odiarle.
Odiarle, sí, que á veces le aborrezco
tanto como usted á mí. Yo, pobrecita,
¿qué pude hacerle para odiarme tanto?
ALB Odio, no. Te equivocas. ¡Sólo lástima!
¡Oh, sí! (Con arranque de pasión)
Que si pudiera, yo las puertas
del cielo te abriría, aunque lograrlo
la vida me costara. ¡Te lo juro
por... por mi eterna salvación!
JUANA (Con alegría.) ¡Daría
usted por mí la vida! (Se acerca.)
ALB. (Cambiando de tono. Glacial.) Allá te espera
el trabajo. Ya basta.
JUANA (Atemorizada.) (¡Le he ofendido!)
ALB. (Contrariado por sus anteriores manifestaciones.)
(¿Por qué se abren mis labios? ¿Por qué torno?
Es preciso acabar. Ea, acabemos.)
(A Juana.)
Mira, de hoy más, cuando en los bosques me hal
ó de camino á tus trabajos, huyes
sin hablarme jamás; y á aquella cueva
nunca te acercas ya; ni aun si te dicen
que muriéndome estoy. Tú con los tuyos,
alocada y feliz, á tu manera;
viviendo como el pájaro, que canta
siempre al día; mas yo, como el lagarto,
huyendo por los senos de la tierra
la vista de los hombres; consumiéndome,
matándome despacio, toda dicha
ahogándola al brotar. ¡El alma mía

es mariposa en alfiler clavada!

(Juana le escucha, como fascinada.)

JUANA

¡Oh, sí!

ALB.

Mas'no me entiendes. ¡Si no puedes!
Vé, vete con Damián, que él sabe hablarte.

JUANA

(Con espanto)

¡No, Damián, no! Mas lo que yo querría
le diré antes que muera, porque siento
una voz interior que hablar me ordena.

¡Téngame usted piedad! Fuera mi anhelo
á la sombra vivir de aquella cueva;

yo no sé que hay en ella que me atrae,
me atrae dulce, con poder extraño.

No entraría jamás. Pegada al muro,
en siendo noche me durmiera, y nunca
oiríame al pasar ni una palabra.

Nunca, también, si usted me lo dijera,
levantara los ojos para verle.

¡Quisiera estar allí toda la vida!

Atada á una cadena, si tal quiere,
como un perro á sus pies. ¿Soy tan odiosa
que valga un perro más que yo?

ALB.

¡Deliras!

JUANA

No puede usted dejarme. Usted mi pecho
yo no sé cómo envenenó. Yo alegre
no me he vuelto á sentir desde aquel día
que me echó, y en él pienso á todas horas,
y al pensar, de momento, casi le odio,
y luego, ¡ay Dios!, gozosa le recuerdo,
y soy feliz, como la vez que tuve
el niño aquel que se murió en mis brazos;
como cuando era moza en la masía
al lado de la pobre contrahecha.

¿De mí, qué quiere usted? Abrame un hoyo
de aquella cueva al pie, y en él me entierre.

(Sé cubre el rostro con las manos.)

ALB.

(¡Dios mío! ¡Si no es ella! ¡Qué cambiada!

Mas no puedo escucharla. ¡Para siempre
debo arrancar del pecho este fantasma!)

Vete, por caridad. ¡No, yo no te odio!

JUANA

¿No me aborrece? (Con alegría.) ¿De verdad?

ALB.

¿Y cómo

te aborreciera yo?...

JUANA

(Muy resuelta.)

Ah, ¿y me perdona
de todo?

ALB. Mucho más que perdonarte.

JUANA ¡Oh, gracias!

(Juana se arroja á los pies del Hermano Alberto, y le besa una mano con transporte de agradecimiento.)

¡Lloro de alegría! ¡Tome!

ALB. (Horrorizado del beso.)

ALB. ¡Ah, maldita! ¡No sabes tú qué has hecho!
Satanás te inspiró. Márchate, vete.

¡He sentido lo mismo que la hora
en que fué mía por la vez primera
la que mi vida envenenó por siempre!

¡No está muerta mi sangre, que circula
por todo el corazón! Aquí tus labios
siento que besan cada vez más hondo.

¡Boca de sierpe con aliento de ángel,
del mundo escoria, punzadora ortiga,
¿cómo á estas rocas, por mi mal subiste?

¡Abajo, ó como víbora te aplastó!

JUANA ¡Señor!

(En voz baja, aterrándose, encogiéndose y huyendo de él, llega al otro lado de la escena, queda arrodillada y confundida en el polvo.)

ALB. ¡Perdido estoy! ¡Huyo por siempre!

Pero llevo el veneno en las entrañas,
que muerde el escorpión en carne viva,
y ella más que escorpión muerde en el alma.

(Se va desesperado hacia la cueva y desaparece entre las rocas.)

ESCENA X

JUANA, después BLAS y ONOFRE, JOAQUÍN y MANUEL y después poco á poco mineros de ambos sexos, que se quedan en segundo término esperando la hora sin fijarse en el diálogo. Todos salen de la mina. Juana quedó muy abatida, encogida, muerta de miedo. De pronto se levanta con resolución

JUANA Tiene ese hombre razón. Estoy perdida.
No hay salvación. Pues él me arrojó al fango,
al fango volveré como una bestia.

(Da dos pasos hacia la mina.)

BLAS ¿Qué te has hecho? (Saliendo de ella.)

JUANA Ya estoy aquí.

BLAS Te aviso

que el capataz quiere dejarte fuera.

¡Faltas tanto!

JUANA ¡Hace bien. A la cantina,

y á ganar lo perdido. ¡Ah, qué contento!

BLAS ¡Qué local! Hacemos el descanso. Salen.

(Van saliendo Onofre, Joaquin y Manuel, quedando
entre los grupos hasta que lo marque el diálogo).

JUANA No, no hay remedio! ¡Soy una cualquiera!

MAN. (A un minero.)

Mira la Juana. Juana, ¿aún estás triste?

JUANA (Fingiéndose.)

¿Quién lo ha dicho? ¡Si estoy lo más alegre!

¡Viva la gresca! ¿No me llaman loca?

Pues soy la loca y lo seré. ¿Yo triste?

Eso, para los otros; los que tienen

una casita y padres que les quieran,

y rubios chiquitines, que uno llora

y los demás se zurren, mientras viene

el marido, un bendito, de quien todos

cuélganse al cuello con amor del alma.

Venga el rosario, y luego hacia la mesa,

donde el cocido humea, y á la cama

todo el mundo después. Esos, es justo

que pensando en la muerte se entristezcan.

Mas yo, sola, ¿por qué he de estarlo? Llevo

á donde voy, mi parentela toda.

¡Soy como el caracol, que tiene encima

hacienda, habitación!... ¡Tú dame un trago!

(Manuel le da el cántaro)

¡Vino! (Muy febril.)

ONOFRE Del mío. (Le da su bota; ella bebe.)

Y te aseguro que éste

no hechiza, como el agua de la cueva

del penitente.

JUANA (Riéndose violentamente.)

¿A mí?

ONOFRE ¿Quién lo diría?

¡Que te gobierne ese hombre!

ESCENA XI

JUANA, ONOFRE, BLAS, JOAQUIN, MANUÉL y DAMIAN, que ha oído las anteriores palabras y se abre paso á empujones, colocándose delante con descaro. La mayor parte de los mineros, hombres y mujeres, están lejos formando grupos sin darse cuenta de la acción

- BLAS (A Onofre). ¡El Damián!
- JUANA (Al ver á Damián, dice á cualquiera.) ¡Vino! (Vuelve á beber.)
- DAM. (A Onofre, resuelto y violento.)
¿Qué has dicho?
- ONOFRE (Con calma mal intencionada.)
Que de Juana hace aquel santo lo que quiere.
- JUANA (Ríe exageradamente.)
¿De mí? ¡Si tú supieras lo que le quiero bien! ¡Vaya al demonio!
- ONOFRE ¿De veras, Juana? Entonces, ¿qué le hablabas ha poco, aquí á sus piés?
- DAM. (Fuera de sí.) Eso es mentira.
- ONOFRE ¿Y á tí qué más te da? ¿No nos has dicho que la has dejado?
- DAM. No; mía es la Juana.
(Algunos ríen.)
Y se acabó la broma. Al que se ría le parto el corazón.
(Saltando al centro como una fiera. Todos callan. Juana vuelve á beber.)
- JOAQ. (A Juana, á media voz.) Te va á hacer daño. No bebas más.
- JUANA Pues quiero.
- DAM. Y tú, embustero, viejo lobo celoso, que de rabia muriendo estás...
- ONOFRE ¡Es que es verdad!
- DAM. ¡La prueba!
- JUANA ¿Yo embrujada por él?
- ONOFRE Sí. Tú le quieres.
¡Tiene tu corazón encadenado, que todo lo escuché! Y él te rechaza,

nada quiere de tí. Si le pedía
ella, Damián, que dentro de su cueva
él le diera un rincón, donde por siempre
vivir. ¡Estás perdida! Te ha embrujado.

DAM.

¡No tienes fuerza, no, para salvarte!

¡Si esto fuera verdad, desde la cima
de aquella roca te arrojaba, Juana!

JUANA

Dadme vino. A reir. ¡Estoy alegre!

¿Qué se me importa á mí de aquel mochuelo?

ONOFRE

¿Ves por qué te aborrece? Desde el día
que estuvo allí.

DAM

¡Rayo de Dios! ¡Ahora
lo entiendo ya! ¡Le ha de costar la vida!

(Queriendo dirigirse á la cueva.)

JUANA

(Conteniéndole. Ríe y disimula para salvar al Herma-
no Alberto.)

¡Damián!

DAM

¡No!

JUANA

¿Tú los crees?

ONOFRE

(Al oído de Damián.) ¡Que le quiere!

DAM.

(Se desprende de ella y la tira.)

¡Déjame! (Juana se agarra a él.)

JUANA

No. Levántame. A tí solo
te quiero yo, y mira si te quiero.

(Abrazándose a él para evitar que vaya en busca del
Hermano Alberto.)

Como he sido hasta aquí, como ahora y siempre,
como una cualquier cosa, una perdida.

(He de salvarle aunque morir me cueste.)

DAM.

¡Ah, Juana! (con amor.)

JUANA

Tu barraca es mi barraca.

(A Onofre)

¡Y tú que me amas, muérete de envidia!

DAM.

La vida me devuelves.

BLAS

¡Bah! ¡Está loca!

JUANA

¡Damián! (Sosteniéndose en él. Ha de verse que está
embriagada.)

DAM.

¿Qué quieres? (Con mucho cariño.)

JUANA

Dame tu cuchillo.

DAM

¡Juana!

JUANA

Dámelo acá.

DAM.

Toma.

JUANA

La hoja

cuánto miedo me dió! (Lo abre y lo cierra.)

(A Damián.)

¡Ah, tuno, tuno!

Pues, mira; ahora le quiero. ¿Quién diría que esto hace daño?

DAM. Tráelo. No lo toques.

JUANA (Guarda el puñal en su seno.)

Quiero que duerma aquí. ¿No tendrás celos?

DAM. ¡Oh, no! (sonriendo.)

JUANA (¡Salvé al Hermano! ¡Señor gracias!)

(Apoyándose en Damián llega á un lado de la escena, en segundo término derecha: ha de verse marcadamente que está borracha. Los demás quedan en grupos, dejando el fondo de la escena y el primer término libres.)

ESCENA XII

Los anteriores y el HERMANO ALBERTO, que sale de la barraca con un saco á la espalda. Baja poco á poco sin fijarse en nada.

BLAS Mira el gato montés.

ONOFRE Déjalo; sale

de su cueva para irse de estas tierras.

JOAQ. Mira, llora. (El Hermano Alberto sécase los ojos)

MAN. A buen tiempo.

ONOFRE Suerte tiene, que se largá, si no cualquiera día...

ALB. (¡Por siempre adiós, de mis tristezas nido. Dadme fuerzas, Señor. Me falta el aire...)

(Juana lleva á Damián al primer término para apartarse del Hermano Alberto, á quien acaba de ver. Siempre sosteniéndose en Damián para no caer. El Hermano Alberto sigue bajando: no la ha visto todavía.)

JUANA ¡Damián! El penitente. Vé: se acerca.

DAM. ¡Vaya lejos de aquí!

JUANA Que no me vea.

Dame vino y ocúltame. Trae, pronto. (Bebe.)

DAM. Basta.

JUANA Ahora, no, Damián, cuando se aleje.

ALB. (¡Ella! ¿Por qué la he visto? ¡Y con ese hombre! ¡Oh, el pecho! ¡Huyamos!)

JUANA Tú, Damián, abrázame.

No me puedo tener. ¡Oh, no me dejes, que no sé qué hay en él que me ata!

DAM. ¡Juanal

ALB. (¡Oh, qué pena y qué rabia á la vez siento!)
JUANA ¡Ea, muchachos, á bailar! ¡bailemos!
BLAS ¡Justo! ¡Por vuestras paces!
JUANA Tú y yo en medio.
Vosotros en redor.

JOAQU. Las manos.
MAN. ¡Vengal
JUANA ¡Hala, y hasta morir!

(Con gran bulla, disponiéndose á bailar formando un círculo cogidos de las manos. Juana en medio. Hermano Alberto lo rompe, colocándose en el centro.)

ALB. ¡Basta!
DAM. ¿Qué?
ALB. ¡Fuera!

Ya basta: trae.

(Quitándole á Juana la bota y tirándola lejos.)

DAM. ¡Reíral
ALB. ¡Así, bien lejos!

¡Basta de tanto horror! (Pausa breve.)
¿Y eres tú el hombre
que dices que la quieres? ¿Tú la quieres
y la embriagas? A la mujer querida
en brazos se la eleva sobre toda
la creación, por cima las estrellas,
y se le alza un altar dentro del alma.

DAM. ¿Y á usted quien le ha llamado y qué le importa
que beba ó no la Juana?

ALB. ¿Quién me llama?

¡Mas yo qué sé! Esta pobre me dió pena
como si fuese un ser que hubiera visto
puro en un tiempo de lejanas dichas,
y ahora en el fango la encontrara.

MAN. (Y algunos mineros alborotados.) ¡Fuera!

DAM. Huya, si no...

JUANA ¡Sí, huya!

ALB. ¡Tú lo pides!...

JUANA Ya estoy libre de usted al cabo. ¡Libre!
¡Vaya al diablo! Ya estoy entre los míos,
dichosa vuelvo á ser, que soy de nuevo
la cualquiera, la loca, la perdida!
Ya no hay conciencia en mí, ya no hay vergüenza.

(Tiémblale la voz.)

¡Yo soy la flor que en el estiercol brota!
No me vuelva á mirar, no me hable. ¡Aléjese!

Me emborraché por olvidar, por verme
más repugnante, despreciable, odiosa.
¡Ya lo soy, ya lo soy! (Ahogada en llanto.)
¡Damián, escóndeme!

DAM. Vámonos. (A Juana.)

ONOFRE (A los mineros que quieren intervenir.)

¡No os metais!

ALB

¡Pobre! Te arrancas
las entrañas hablando! ¡Qué martirio!
¡Pobre, desventurada! ¡Cómo te hallo!
Y no eres mala, no. Saberlo pude
la noche que en mi cueva me moría,
al hablarme del niño. ¡Aquella gloria
que amaneció en tus brazos, se dormía
en ellos, como tórtola en su nido!
Y le apretabas tú contra tu pecho...
igual que estrechas á este hombre ahora.
¡Oh, nunca!

JUANA

DAM.:

¡Juana! (sorprendido.)

ALB.

¡Si le vieses ahora!

El á tus pies corriendo, y que á tus faldas
llorando se agarrase y las manitas
levantara hasta ti, ¡no le alzarías,
que se cayera de tus brazos, beoda!

(Juana rompe en llanto y se aparta de Damián.)

DAM.

¿Por qué le escuchas? Vamos.

ALB.

¿Y quisiste
salvar mi vida para así encontrarte?
Yo, que al verte, hasta olvido mis dolores,
que te quise salvar, porque aquí dentro
lo quieren (Por su corazón.) y que siento que se rompió
todo en mi corazón, perdida, al verte.

JUANA

¡Oh, sí! no puedo más. ¡Sálveme!

(Se aparta por completo de Damián y se refugia junto
al Hermano Alberto.)

DAM.

(Con fiereza.)

¡Juana!

ONOFRE

¡Prended fuego á la cueva! ¡A ellos dejadlos!

(A los mineros que quieren intervenir. Tres ó cuatro
suben á ella. Los demás muy agitados.)

DAM.

¿Juana, vienes? (Furioso.)

JUANA

¡Oh, no!

DAM.

¡Pues ten, perdida!

(Se abalanza á Juana y le da una bofetada.)

(Grito horrible de Juana. Los mineros sujetan á Damián.)

ALB. ¡Miserable! ¡Ruín!
DAM. (Queriendo volverla á pegar.)
¡Más todavía!
JUANA (Empuñando el cuchillo que guardó. El Hermano Alberto la sujeta.)
¡Me vengaré!
ALB. (Le quita el cuchillo.) ¡Tú no, que á mí me toca!

ESCENA XIV

LOS MISMOS y MOSSEN JORGE y ENRIQUE

ALB. ¡Al infierno! (Arrojándose sobre Damián con el brazo levantado.)
MOS. ¡Por Dios!
ENR. (Sujetándole el brazo.) ¡Quietos!
ALB. Sí, cierto.
¡Me condenaba! (Rechazando á Juana.)
MOS. (Abriéndole los brazos.) ¡Aquí!
DAM. ¡Juana, eres mía!
(Toda la escena y la última parte de la anterior rapidísimas. El Hermano Alberto queda abrazado á Mos- sen Jorge, sollozando. Damián se lleva á Juana en brazos, luchando ella por desprenderse de él. Gran al- gazara entre los mineros que se van con Damián y Juana, rodeándolos. La cabeza de ésta sobresale entre todos. Sale humo de la cueva del Hermano.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación muy pobre. Puerta al centro: otra á la derecha y otra á la izquierda. La de la derecha cubierta por una estera vieja. En un rincón un hogar con algunas teas encendidas. Sobre las cenizas, parrillas y ollas; á la izquierda una mesa, y en ella, frascos y botellas de medicamentos. Dos sillas y algún tronco para sentarse. La escena iluminada por una tea. Todo que indique la mayor miseria.

ESCENA PRIMERA

DAMIAN durmiendo apoyado en la mesa. MANUEL, JOAQUIN y ONOFRE hablando en la parte opuesta de la escena: el último un poco apartado fumando una pipa con cierta indiferencia por todo. Cuando se indique, BLAS vendrá de la habitación de la izquierda con un candil encendido, y una escudilla con cuchara de madera. Al entrar dejará la escudilla sobre la mesa y apagará el candil, colgándolo de un clavo. Las habitaciones de derecha é izquierda han de estar completamente á oscuras. El corredor del fondo iluminado por la luz de la escena. Esta, con la sola claridad que pueda desprenderse de las teas del hogar

MAN. ¡Quién nos lo había de decir, la tarde que dentro de la cueva nos comíamos aquel conejo con arroz!

JOAQ. Pues mira,
de aquella noche viene todo. Juana ya no ha vuelto á estar bien.
(Blas entra en escena.)

MAN. ¿Qué le has llevado?
BLAS Medicina.

- JOAQU. (Siguiendo la conversación.)
Después, la tarde aquella
que bebió tanto...
- ONOFRE El vino es lo de menos.
La mona con dormir se cura.
- MAN. Cierto.
- BLAS (Después de convencerse de que Damián duerme.)
A la Juana, ¿sabéis lo que la apura?
¡Vivir aquí encerrada con este hombre!
Claro está.
- ONOFRE Claro está.
- JOAQU. Pues entonces, ¿por qué vino?
- ONOFRE ¡Qué salida!
- BLAS ¿No sabes tú que estaba
como muerta y el otro se la trajo
en hombros como un fardo? ¡Qué fatigas
para volverla en sí todos!
- ONOFRE Y... dime:
¿aun la sacude aquél?
- BLAS ¡Cá, chico, nada!
¡Manso como un cordero!
- ONOFRE (Con sorna.) ¡Qué me cuentas!
- MAN. ¡Un cordero!
- BLAS ¡Palabra! (A Joaquín.) Vé si duerme.
Verás. (A Onofre.)
- JOAQU. Como un lirón. (Después de observar á Damián.)
- BLAS Tanto la Juana
aborrece al Damián, que hace ocho días
unas yerbas tomó para matarse.
Y chico, á no acudir, las lía. Estaba
amarilla que daba miedo. Al cabo
la volvimos en sí, ¡pero la pobre
cómo ha quedado! Desde aquella tarde
Damián es una malva.
- MAN. ¿Y le contaron
al médico la cosa?
- BLAS Si no vino.
Este pensó que no sería nada.
Dos días hace nada más que viene.
- ONOFRE ¿Y qué dice?
- BLAS Verás: pues dice... cosas...
Que está muy mal. No hay más.
- JOAQU. ¿Y ellos qué saben?
- ONOFRE También dirá que es cólera.
- BLAS Pues yerras,

¿ves tú? Lo que nos dice es que ella tiene otro mal... ¿Cómo dice? A ver, aguarda... Sí; que además de las yerbotas, sufre un mal... un mal moral.

JOAQ. (Sin entenderlo.) ¿Moral?...
MAN. Sí, hombre, moral. (Como quien está en el secreto.)

BLAS ¿Y qué es?
MAN. ¡Ves á saberlo!

ONOFRE Vaya:
no caviles: el agua de la fuente.

BLAS Este siempre á su tema.
(Por Onofre. Remueve las teas. Después enciende el candil y entra en el cuarto de Juana.)

ONOFRE Y bien: la culpa es nuestra nada más. Con una bala en la cabeza del Hermano Alberto salud completa dentro de la mina y por todo. No hay más.

MAN. ¿Y quién le coge?
Ahora metido está en la rectoría, y casi nunca sale.

JOAQ. ¡Se la teme!
ONOFRE O él ó nosotros. No hay otro camino. Ya son cinco los muertos.

MAN. Sí; y la Juana que está al caer.

ONOFRE Ya sea el agua ó brujas, todo es igual. No queda más remedio.

JOAQ. (A Blas que vuelve de la habitación de Juana.)
¿Cómo está?

BLAS Ahora bien; está tranquila. Pero no me hace gracia.

JOAQ. ¿Pues?
BLAS A ratos deja el catre y no sabes si delira ó habla cabal.

ONOFRE ¿Y tú eres quien la atiende?
BLAS Por éste, que se mata.

JOAQ. Eso una de ellas; las mujeres...

BLAS Ya estoy. ¿Pero cual, dime?
¿Quieres traer la tuya?

JOAQ. Eso; ella...
BLAS Ni una

quiere venir aquí. Todas contestan que lá Juana y Damián no están casados. Que la Juana, además... No, que no vienen. Y pensar que el mal hombre se nos ría... Tan viejo, y creer en brujas... ¿No te corres? Yo creo en el hermano.

ONOFRE

BLAS

ONOFRE

MAN.

BLAS

¡Eso!

Es envidia.

Como la Juana no te quiere, y habla del penitente con placer...

ONOFRE

Bien; ¿cuánto

te dan el cura y su sobrino el médico porque lo digas?

BLAS

¿Cómo? ¿A mí?

ONOFRE

(Levantando la voz.)

¿Es mentira?

DAM.

¿Qué gritáis? ¡A callar!

(Dando un puñetazo en la mesa.)

La Juana duerme...

Que nadie chiste aquí... ¡La medicina!...

BLAS

Ya se la he dado.

DAM.

¡Me dormí! Tú tienes

la culpa en no llamarme... Podéis iros.

Me basto yo para ella.

ONOFRE

¿Tú qué quieres?

DAM.

Yo, nada. Sólo que la Juana viva.

ONOFRE

Yo sé su vida dónde está. Dispone de ella el hermano Alberto.

DAM.

¡Ah, sí! Matadle

si es que me queréis bien. El es quien todo lo hace para mí mal. ¡Su vida, Onofre!

(Blas está separado de los otros, removiéndolo contenido de la olla y la leña que arde.)

ONOFRE

¿Acabémoslo, amigos? (A media voz.)

MAN.

Sí. (Idem.)

ONOFRE

(Con misterio.)

Juntémonos

con los demás, pero en silencio. Siempre que haya dos vigilando, y cuando salga de casa el cura...

DAM.

(Con misterio.) Y el que no se atreva, que venga á mí.

BLAS

(Mientras los otros hablan.)

(Lo matarán. Yo aviso

al médico.)

ONOFRE

No se hable más.

JOAQ. (Levantando la voz.) Andando.
 DAM. ¡No grites!... ¡Si despierta!...
 (Cogiéndole de un brazo.)
 JOAQ. (Sale.) ¡No!
 MAN. (Idem.) Hasta luego.
 ONOFRE ¡Confía en mí!
 DAM. ¡Sí, cázalo!
 ONOFRE (Sale. Todos por el centro.) Descuida.

ESCENA II

DAMIAN, BLAS. Mientras hable Blas, Damián se aproxima á la habitación de Juana y se pone á escuchar, pegando el rostro á la estera y con la mano en una oreja, con mucho interés.

BLAS (Como es de noche, no saldrá de casa. Antes de que amanezca haré de modo que avisen al doctor. Me dará un duro.)
 DAM. ¿Qué dices tú? (Con precipitación, yendo hacia él.)
 BLAS ¿Qué ha de decir la pobre?
 DAM. Se me han cerrado sin querer los ojos.
 ¿No me ha llamado? (Con pena.)
 BLAS No.
 DAM. ¿Nunca?
 BLAS ¡Qué terco!
 DAM. ¡Cómo lo he de decir! (¡Ni una vez sola!)
 ¿Y está tranquila, no saltó del catre otra vez?
 BLAS No, tampoco.
 DAM. No parece
 que es la misma mujer, ¿verdad?
 BLAS No.
 DAM. Mira,
 si ella se muere, yo también me muero.
 BLAS Bien, déjalo correr.
 DAM. Como lo digo.
 La quiero como un loco. ¡Eh! ¿No ha llamado?
 me pareció escuchar...
 BLAS Nada he sentido.
 DAM. No lo digas á nadie, pero á veces
 siento que de las hierbas no muriera,
 dándome antes á mí, y así de un golpe
 morir los dos. Morir. ¿De qué te ríes?

BLAS Si es sólo eso, te apuras por bien poco.
A tiempo estás aún. Vas y te sacias
del agua de la cueva, que envenena.
¿No crees tú también que está la Juana
enferma por beber?

DAM. ¿Quieres saberlo?
Enferma está la Juana porque quiere
al penitente. Y no lo sabe: y ella
se está muriendo. Yo lo sé, ¿oyes? ¡Calla!
No lo digas. Por eso yo querría
que le matasen á él, ó en una fosa
nos enterraran á los dos, pero antes
de que la Juana de su amor se entere.
¡La Juana! ¡Ahora ha llamado!

BLAS ¡Es cierto!

ESCENA III

JUANA, DAMIAN, BLAS. Juana dice la primera palabra desde dentro. Delira. Damián y Blas la conducen á la silla que está junto á la mesa. Blas entra en el cuarto de Juana por un cojín.

JUANA ¡Dádmelo!

DAM. ¡Juana!...

JUANA ¡Dadme mi niño!

DAM. (A Blas á media voz.) A aquella silla.

(La conducen entre todos.)

BLAS Se ha dormido otra vez. ¡No la despiertes!

DAM. ¡Quién me dijera que á esta criatura
la llegase á querer como la quiero!

¡Y yo, que tanto la he pegado! ¡Pobre!

BLAS ¡Calla, que te oye!

JUANA Ven: en mi faldita.

Duerme, mi niño, duerme. ¡Así! Tu madre
está en el cielo, y ahora tú eres mío
y yo te quiero... No, mi rey no llora.

Gusanito de luz, yemita blanda
es él... fresa del bosque... Aquel, que venga.

(Llamando con la mano á alguien que no está y que
ella cree ver en la escena.)

Aquel, que está tan triste. Sobre el niño
ponga sus labios. Lléguese, no mancha

mi ropa. Ningún hombre la ha tocado.

(Damián quiere despertar varias veces á Juana, y Blas le contiene.)

Y cuando en mi regazo tengo al niño, soy igual que una santa. Un beso. Ponga sus labios en los de él. ¡Oh, cuánta dicha para mí! ¡Bésele! Y al pobre, amémosle usted y yo siempre, siempre. Vamos, venga. Será para los dos, hermano Alberto.

(Llamándole con la mano.)

DAM. (Cogiéndola airadamente por un brazo para despertarla.)

¡Juana!

BLAS ¿Qué vas á hacer?

DAM. Juana, despierta.

¡Piensa en él!

BLAS La torturas.

JUANA ¿Quién me llama?

DAM. Soy yo. Soy el Damián.

JUANA ¿Y aquél?

BLAS Blas. Mirame.

JUANA ¿Y aquél... de más allá?

DAM. Solos estamos.

JUANA Pensaba ver á otro...

DAM. (¡Siempre ese hombre!)

(Juana se levanta.)

BLAS Cállate: mira. (A Damián.)

DAM. (A Juana.) ¿A dónde vas?

JUANA ¡Quiero irme

de esta casa! ¡Salir de aquí! ¡Me ahogo!

DAM. Cálmate; siéntate, mujer.

JUANA ¡Yo quiero

salir! Quiero correr por la montaña.

Ir dentro de la mina. Ea, lo quiero.

(Enfadándose como una criatura.)

DAM. ¡Ah, no!

JUANA (Llorando y volviendo á caer rendida por su esfuerzo.)

¡Si es que esta casa no es la mía.

(Blas sale por la puerta del centro.)

DAM. Sí que lo es, Juana, porque yo te traje.

JUANA ¡Ah, qué crueles son todos! ¡Me sujetan, no me dejan salir.

DAM. Saldrás conmigo

en cuanto buena estés. Yo te lo juro.

¿No sabes que te quiero? ¿Que te quiero por cima el mundo? ¿Qué deseas? Pide.

(Sentado en tierra á sus pies.)

¿Para ser tú feliz, qué es lo que quieres?

Si me dijeras: donde acaba el mundo

se encuentra mi ventura, vé por ella,

corre á buscarla, corre y yo te espero,

iría, Juana; iría como fiera,

bregando entre las fieras, y como hombre

entre los hombres me abriría paso

matando. ¡Yo por tí... yo por tu vida!...

Si mi sangre te sirve, de mi pecho

mis propias uñas abrirán las venas.

¡No! ¡Y apártate, vetel!

(Cierra los ojos para no verle.)

DAM. Siempre huyendo
de mí como si fuera una serpiente.

(¡Ah, que no puedo más Yo la ahogaría

sólo porque muriendo me dijera

que me quería.)

JUANA (Abriendo los ojos.) ¿Estás aún á mi lado?

No te quiero.

DAM. ¡Sí, sí! Tú no me quieres,
y todo yo por tu querer me abraso.

(Arrastrándose á sus pies; por fin le coge una mano.

Ella se desprende.)

¡Ah, miénteme, mujer! Dime que me amas,

dilo una vez y deja que te bese,

y luego con los pies, si es tu deseo,

aplástame!

JUANA ¡Blas! ¡Blas!

(viene de la puerta del centro.) ¿Qué?

DAM. (Levantándose del suelo.) ¿Quién te llama?

BLAS Ella.

JUANA Blas, no me dejes.

BLAS La atormentas.

(Juana vuelve á cerrar los ojos poniendo la cabeza en la almohada.)

DAM. ¡Oh, sí! cuando al tocarla yo quisiera

ser más suave que el pecho de la tórtola,

y como erizo soy por fuera y dentro.

¡Yo á todos quiero mal! ¡Que ahora me digan

que sufra todo el mundo como sufro!

BLAS (No, nó le quiere.)

DAM. (Con ansiedad.) ¿Has visto á Onofre? Dime.
BLAS No.
DAM. ¿Y á los otros? ¿Al Joaquín?
BLAS A nadie.
(Pero al médico, sí.)
DAM. Que le asesinen,
y si se muere antes ella que lo dejen
para mí.

ESCENA IV

JUANA, DAMIAN, BLAS y MOSSEN JORGE por el fondo.

MOS. Dios les guarde.
DAM. Entre.
MOS. ¿Es aquella
la enferma?
DAM. Sí, la Juana.
MOS. Bien me acuerdo
haberla visto por el bosque... Tú eres...
Damián...
DAM. Yo soy.
BLAS (Veremos qué le trae.)
MOS. (Afectuoso, llevándole aparte)
El doctor, mi sobrino, me contaba
que vivís... no como la madre Iglesia
quiere. (Damian quiere interrumpirle.)
Espera. Que tú te casarías
ya lo sé; y como sé también que puede
de un día á otro fallecer la pobre,
aquí me tienes; veamos si consigo
con casaros sacaros del pecado.
DAM. ¡Sí esto es...! No me conoce. Todos creen
que tengo yo mal corazón. No es cierto.
¡Vea si lloran los malvados!
MOS. Tienes
razón... ¿Quieres dejarme á mí con ella?
DAM. ¿Que si lo quiero? Blas, vámonos fuera.
MOS. ¡Ah, que eres tú! (A Blas, al fijarse en él.)
BLAS Sí; soy aquél...
MOS. Bien, hombre,
no lo recuerdes más.

DAM. Si necesita
de mí me da una voz. Estaré cerca.
(Salen por la puerta del centro.)

ESCENA V

JUANA, MOSEN JORGE

JUANA Se van...
MOS. No todos, Juana. ¿Me conoces?
(Sentándose cerca de ella.)
JUANA (Con naturalidad.)
Mossen Jorge. Su amigo más querido.
MOS. ¿De quién?
JUANA Del penitente. De él.
MOS. Y, dime:
¿cómo te encuentras?
JUANA No lo sé.
MOS. ¿No pides
que te cure á Jesús? ¿Pues qué, no rezas?
JUANA No. (Con naturalidad.)
MOS. ¡Qué dices, Dios mío!
JUANA ¡No se acuerda
Dios de mí!
MOS. Calla, calla, que ahora pecas.
Es nuestro padre Dios. Nos ve y nos guía.
JUANA ¿Pues como me ha hecho á mí tan desgraciada?
MOS. Por tus pecados.
JUANA ¿Cuáles? ¿Yo qué he hecho?
MOS. Mira, Juana; tú vives con un hombre
que tu marido no es. Si tú murieras
del matrimonio sin el santo lazo,
¡ay, pobre Juana! que al infierno irías.
¿Ves ahora, por qué Dios, ya aquí en la tierra
te castiga? ¿Lo ves? Sí; tú la esposa
has de ser de Damián, porque él te quiere.
JUANA (Levantándose asustada.)
Yo no quiero al Damián. Yo, cuando cure,
(Mira á Mossen Jorge á ver si cree que se curará.)
porque me curaré, sí, quiero sola
vivir y de los hombres apartada,
lejos del mundo y dentro de una peña
aborreciendo á todos. Como él.
MOS. ¡Juana!

- JUANA Como el hermano Alberto. ¡Esto es mi vida!
Mos. ¡Oh, ya verás! El lleva esa existencia
purgando una gran falta.
- JUANA (Resentida.) ¡Mossen Jorge!
(Con entusiasmo.)
¡Usted no le conoce! Si es el hombre
más bueno de la tierra.
(Con tristeza.) ¡Digo bueno!
¡Para los otros! ¡Para mí no quiere!
Mos. Ya verás. El Damián... (Con afecto.)
JUANA No, no me hable
del Damián. De él...
- Mos. Es que Jesús..
JUANA (Con mucho interés y atolondramiento.) Escuche.
¿Cómo es Jesús?
- Mos. ¡Oh, Juana!
JUANA Es que si pienso
en Jesús, porque pienso algunas veces,
me pregunto, ¿cómo es? Y lo imagino
con una voz más triste... Y unos ojos
profundos y velados, compasivos;
la sonrisa en los labios; pero siempre
sonrisa suave de una dulce pena,
y que camina con la frente baja,
y que al pasar llena de luz la tierra,
y una siente que suben á los ojos
lágrimas, que la anegan de alegría.
Yo así me lo figuro, y me hago cuenta
de que el Jesús que veo es él. ¡El siempre!
¡El pobre penitente de esos montes!
Mos. ¿Compararle á Jesús? ¡Oh, calla! (Se levanta.)
JUANA Y diga:
¿Jesús riñe al que falta? ¿Cuando encuentra
una que vive como yo, la llama
malvada, mujer vil, y la atormenta?
- Mos. No, que de ella se apiada, y del pecado
y del crimen la saca, hasta en sus brazos.
- JUANA (Con sencillez y tristeza.)
Pues en esto es mejor el Jesús vuestro
(Se ha de ver la contrariedad de Mossen Jorge. Juana
ha de llorar desesperada.)
que hermano Alberto. Usté no sabe: un día
me emborraché. ¡Qué horror! Pues él, al verme,
¡me arrojó sin piedad sobre ese hombre!

Yo le llamé y él apartó sus ojos.
¡Ya nunca le veré, nunca, y me muero!
Mos. (¡Todo en vano! ¡No escucha!... Y yo pensaba
que era fácil lograr...)

ESCENA VI

JUANA, MOSSEN JORGE, ENRIQUE, DAMIAN, BLAS. Los tres
entran por el foro

ENR. Tío, ¿y la Juana?
Mos. Mírala.
ENR. Veamos.
(Ella sigue llorando amargamente. El, pulsándola.)
Mos. ¿Qué?...
ENR. Si no debía
levantarse. Llevadla y que repose.
DAM. ¿Y qué me dice?
ENR. Por ahora, nada.
Sigue igual.
DAM. ¡Ya le entiendo!
ENR. Muy mal, tío.
(Llévanse á Juana á su cuarto. Antes de desaparecer
dice Enrique:)
Después dejadnos hasta tanto llame.
Mos. Se morirá, y así...
ENR. Solo nos queda
un recurso. Probemos.
Mos. Ya te dije
que es peligroso que se vean ambos.
ENR. ¿Y por qué lo ha de ser?
Mos. ¿Por qué?... ¿Volvemos?...
Porque él... porque ella... ¿No me entiendes?
ENR. Algo.
Mos. Pues claro; aquí está el diablo que lo enreda.
Tú en el diablo no crees.
ENR. Yo respeto
todo lo que usted cree.
Mos. Ven y escucha.
(Salen Damián y Blas del cuarto de Juana, y se van
por la puerta del centro. Mossen Jorge y Enrique, al
verles, han bajado la voz.)

Ella está del hermano Alberto, acaso sin que lo sepa, enamorada.

ENR.

¡Y tanto!

MOS.

Y él, por la Juana, hasta de Dios se olvida. No habla de nada más. Y si no fuera porque quieren matarle los mineros ya te aseguro yo que no estaría metido una hora más dentro mi casa.

(Quiere hablar Enrique, y él, que esta muy enfadado, no le deja decir.)

¡Dónde se ha visto! ¡Un hombre que á la iglesia voto de no querer hizo! ¡Y romperse este voto no puede! ¡Verle ahora de una mujer enamorado y ciego! ¡Y qué mujer! ¿No es cosa del demonio? ¿Me quiere permitir?

ENR.

MOS.

Habla; veamos.

ENR.

Pues hace unos instantes conversaba con él, ¿y sabe usted qué me decía? Que por el bien de Juana, y por el suyo, desea que se case, y que se case con el Damián, ¿entiende? Y por lograrlo con gusto cedería de su gloria en el cielo una parte. Y que no quiere ver más á esa mujer. Solo lo haría si lo ordenase usted.

MOS.

¿Y he de mandarle yo que la vea? ¿Dónde estamos?

ENR.

Pienso

que usted lo mandará.

MOS.

¿Yo?

ENR.

Me decía

que él logrará con el Damián casarla, y á Dios me puso por testino de ello.

(Se ha de ver que Mossen Jorge se deja convencer.)

¿Ve ahora como el diablo aquí no juega?

Escuche: ¿qué perdemos con que se hablen?

Lo que á esa mujer causa más pena es el desprecio de él. Si con afecto él la llegara á hablar, desengañándola de su amor, por supuesto, y consiguiera que la mano de aquel Juana aceptase, bien dos cosas habríamos ganado de esa infeliz: yo el cuerpo y usted el alma.

MOS. ¿Y si nada se logra al fin?
ENR. Probemos.
MOS. Yo me lavo las manos. Como quieras.
ENR. Déjeme hacer. ¡Damián!
(Llamando. Saca la cartera y arranca una hoja después de escribir con lápiz una receta.)
MOS. (Dios nos ayude.)

ESCENA VII

MOSSEN JORGE, ENRIQUE, DAMIAN, BLAS, que vienen por la puerta del centro

DAM. ¿Me llamaban?
ENR. Sí, toma la receta;
coges una botella y á la villa
por el remedio. ¡Corre!
DAM. (A Blas.) ¿Si quisieras?
ENR. Tienes más piernas tú. Vé y no te pares
en sitio alguno. Dentro de media hora
puedes estar aquí. (A Blas.) Tú, no.
(A Damián) Que tome
así que llegues, media cucharada.
DAM. No la dejes, por Dios, hasta que vuelva.
(A Blas.)
BLAS De centinela. (sentándose.)
DAM. Corro. (Sale corriendo.)

ESCENA VIII

MOSSEN JORGE, ENRIQUE, BLAS

ENR. (A Mossén Jorge.) Ahora nosotros.
MOS. Si le ven los mineros...
ENR. Está nublo,
y la Guardia civil está avisada.
Ya de seguro habrá llegado al pueblo.
Aprisa. ¡Blas!
BLAS ¿Qué?
ENR. Guárdate este duro,
y en cuanto acabes, otro.
BLAS Mande.
ENR. Ahora

vendrá el hermano Alberto. Con la Juana le dejarás hablar. Mientras, vigilas en la esquina, no llegue y los sorprenda el Damián, y si llega y no se ha ido el hermano, le avisas y que escape. Es que...

BLAS

ENR.

Trae acá el duro.

BLAS

¡Ah, no! Que venga.

ENR.

VAMOS. (A Mossén Jorge.)

MOS.

¿Y él, dónde hallarle?

ENR.

(Saliendo los dos por el foro.) Está aquí cerca. Está esperando.

ESCENA IX

BLAS

¡Si el Damián supiera!...

¡Fortuna que va lejos! ¡Que se guarde del Damián y se guarde de los otros!

¡Pobre de él, si no aviso al señor médico!

Ha muerto otro minero, y todos creen

que él los mata, y no hay más... ¡Ah, siento pasos!

(Viéndole llegar.)

¿Es él? Cabal. Voy á llamarla á ella.

(Entra en el cuarto de Juana.)

ESCENA X

HERMANO ALBERTO. Mira por todas partes, anda penosamente y después se sienta. Todo ello empleando mucho tiempo. Después se levanta como asustado.

ALB.

¿Por qué he venido? ¡Ah, no, no quiero verla!

(Se dirige al foro para marcharse. Al llegar, se detiene en seco, como si la hubiera oído.)

Me pareció sentirla. No, no tengo

fuerzas para marcharme. Echan raíces

aquí mis pies... ¡Oh, la hablaré tan sólo

del Damián! ¡Oh, sí, sí! La haré su esposa

antes que yo me muera.

JUANA
ALB.

(Dentro.)

¡Ay, Dios!

¡Es ella!

(Dando un paso y extendiendo los brazos hacia el cuarto. Después huye precipitadamente hacia la derecha de la escena, como quien huye de un peligro. Muy agitado.)

ESCENA XI

HERMANO ALBERTO, JUANA, BLAS

ALB.
JUANA

¡Oh, no! ¡Serénidad, calma!... Que venga.
No me dejais tranquila. ¡Si no quiero
ver á nadie.

BLAS

Bien, cálmate.

ALB.

(¡La pobre!)

BLAS

¿Así estás bien? (Llevándola hacia la silla.)

JUANA

No y no.

BLAS

(Cambiando la posición del cojín.)

¿Y ahora?

JUANA

Vé, dejame.

BLAS

(Al Hermano Alberto.)

Cuando le avise, márchese en seguida.

(Blas se va por la puerta del centro.)

ESCENA XII

HERMANO ALBERTO, JUANA

ALB.

(¿Dónde aquella mujer todo alegría?)

¡Juana!

JUANA

¿Qué? (Maquinalmente.)

ALB.

¡Juana!

JUANA

(Enfadada.) ¡Y dale! ¡Juana, Juana!

¿Os hablo yo? Dejadme. Siempre, siempre
llamándome. ¡Qué malos corazones!

ALB.

¿Cómo quisieras, pues, que te nombrara?

(Con gran afecto.)

JUANA

(Con explosión de afecto, levantándose y queriendo
abrazarle.)

¡Si es éli

ALB.

¡Juana!

(También con gran afecto, dirigiéndose á ella.)

JUANA

¡Si es él!... ¡Ah!...

(Al ver la sriedad del hermano Alberto.)

ALB.

(Frio y triste.)

¡Dios te guarde!

(Juana vuelve á caer sentada. El permanece apartado. Pausa larga. Ha de notarse mucho la calma aparente del hermano Alberto.)

JUANA

¡Y yo corría! (Pausa.)

ALB.

No por mi deseo

he venido...

JUANA

¿No?

ALB.

No. Vengo á traerte la calma, la salud. Y á todas horas sólo pienso en tu estado... pues lo ordena la santa religión.

JUANA

(Habla, señalándole con un dedo y riendo como una criquilla.)

¡Sí que es él! Habla todo él entrando aquí. (Por el corazón)

¡Oh, ya conocen sus palabras mi pecho; alegres, tristes como los pajarillos en el nido, cantan en mi alma sus palabras todas! (Y tengo que hablar de él! Y he de hacer que ella...)

ALB.

JUANA

Este pañuelo es el que usted llevaba en la cueva una noche. ¡Ahora yo! ¡Es nuestro! ¿Le ofendo?... ¿No, verdad?

ALB.

¡Tú!...

JUANA

Y soy aquella.

la cualquiera, la...

ALB.

No; ya no hay ni rastro en tí de aquel pasado.

JUANA

Usté... es pureza.

(Con energía, levantándose á medias)

ALB.

¡Quisiérale un mal hombre... ó yo una santa! ¡Si vales más que yo! ¡Qué piensas, pobre! ¡Mi pasado es de horror!

JUANA

¡Quiero saberlo!

ALB.

¡Siento hambre por mirar dentro de esa alma! He amado á una mujer con ansia ciega. Jurábame ella amor; yo la creía. Y una noche en su cuarto, receloso entré por el jardín, y la traidora con un amante estaba; y él... él era el hermano de mi alma, y en sus brazos,

robándola á mi amor, la enamoraba.
De aquellas bocas al sentir el beso
el puñal levanté, y á entrambos juntos
claveles en el pecho la hoja entera.

JUANA

(Con rapidez.)

¡Muertos! ¡Ah, bien! ¡Traidores! ¿Y á ustedé? ¡Infames!

ALB.

(Con horror.)

¡Hay en mí el asesino, el fatricida!
Sangre en mis manos. Soy un vil. La argolla
siento aquí! ¡Ve quien eres tú y compara!

JUANA

¡Sí, sí! Da miedo ustedé. ¡Verle amedrenta!
¡Delante el criminal que todos huyan!

(Con mucha energía. Levantándose y cayendo en sus
brazos y escondiendo la cara en su pecho.)

Yo le amo tal como es. Que soy dichosa
al tocar tanta sangre. ¡Yo le quiero!

ALB.

(Dame la muerte, ¡oh, Dios! Yo ser no puedo
jamás de esta mujer,) Juana, prohíbe
Dios mismo nuestra unión: que yo en la tierra
amar no puedo ya. Voto sagrado...

JUANA

Somos el uno para el otro. ¡Somos
criminales los dos!

ALB.

¡Pero hay el alma!

JUANA

¡Hay sangre sobre usted! ¡Yo, yo le quiero!

ALB.

Tú me quieres... pues yo Juana...

(En el momento en que el Hermano Alberto va á de-
clarar su amor entregándose á Juana, se oye en la
calle rumor de voces airadas. El rumor dura un ins-
tante. Juana vuelve á caer sentada. El retrocede.)

(¡Oh, afuera!

¡Un aviso es de Dios!)

JUANA

(Queriendo que siga lo que iba á decir antes.)

Hable.

ALB.

(Violentándose mucho al decirlo.)

¡Yo, Juana,

vengo á rogarte, y al rogarte pongo
en los labios mi vida! (Sin saber cómo decirlo.)

JUANA

(Temiendo un peligro que no comprende.)

¡Oh!

ALB.

(Con inmensa pena.) ¿Tú me juras
por aquel niño que murió... por tu alma,
que mi deseo harás?...

JUANA

(Asustada, sin saber de lo que se trata.)

Sí.

- ALB. (Con terror.) ¡Oh! Te mando
(Con frase descompuesta, llorando.)
que te unas al Damián!
- JUANA ¡Ah, no, no! ¡Muerta
antes me vea!
- ALB. (Con fiereza.) ¡Lo has jurado!
- JUANA (Con resolución.) ¡Máteme!
- ALB. ¡Tú eres de él!
- JUANA ¡No, jamás!
- ALB. (¡Es mía, es mía!
¡Sólo me quiere á mí! ¡Se van mis brazos
tras ella!) ¡Juana!...
- JUANA ¡Sálveme, que vienen!
(Rumor de la calle, algo más fuerte, y que dura tam-
bién un instante. El hermano Alberto se detiene de
pronto, y ella, después de sentirlo, se levanta aterrada
y corre a él.)
- ALB. ¡Oh, qué tormento! ¡Oh, tierra maldecida!
- JUANA Huyamos de esta casa, y si lo quiere
maltrátame después, como él lo hacía.
(Otra vez rumor de voces al exterior. Movimiento del
Hermano Alberto como para defenderla del Damián.)
- ALB. ¡Oh, el vil! ¡A ti!
- JUANA ¡Sí, á mí, que tanto le amo!
(Luchando para rechazar su amor, pero sintiéndose
vencido.)
¡No! ¡No!
- JUANA ¡Le quiero!
- ALB. ¡Adiós!
(Huyendo de sus brazos.)
- JUANA (Falta de su sostén, va á caer en tierra.)
¡Me muero!
- ALB. (Corriendo á sostenerla.) ¡Juana!
(Se hacen más claros los rumores.)
- JUANA Huyamos.
- ALB. Yo la guardo. Yo, que rompo
mis votos ante Dios y ante los hombres.
¡En mis brazos y lejos de la vida!

ESCENA XIII

JUANA, HERMANO ALBERTO, BLAS, que llega rápido por la puerta del foro, cerrándola una vez en escena

BLAS ¡Los mineros le buscan! En la puerta está el Damián.

ALB. ¡Oh, Dios!

BLAS (Sosteniendo á Juana, que está medio desmayada.)
Ella, á su cuarto.

ALB. ¡Ah! (Por Juana.) ¡Juana!

BLAS Nada tema. Es un desmayo Aprisa. Por allí.

(Señalándole la puerta de la derecha.)

ALB. ¡Dios mío, sálvala

(Blas desaparece por la izquierda, cerrando la puerta tras sí y llevándose á Juana.)

y castigame á mí, sólo culpable!

(Corre á la puerta de la derecha. Al tocar la estera, ésta abre paso á Damián.)

ESCENA XIV

HERMANO ALBERTO, DAMIAN con el cuchillo abierto

ALB. ¡Jesús!

DAM. ¿Dónde el ladrón, dónde se oculta?

ALB. ¡Damián!

DAM. ¡Ya te encontrado! ¡Toma y toma!

(Le clava dos veces el cuchillo. Después lo tira.)

¡Ahora vé, vé y embrújala si quieres!

ALB. (Con la voz entera. Sin nada de agonía.)

¡Dios mío! ¡Ten piedad de mí! (Pausa.)

¡Oh, gracias!

¡Lo he merecido: el cielo me castiga!

DAM. (Cruzando la boca.)

Tú has sido mi demonio. Tú de Juana secaste el corazón. Y siendo mío que me odie has hecho sólo por la gloria de hacer daño. ¡Malvado! con cien vidas no pagabas tu crimen.

ALB. Que no te oigan.

Habla bajo. Tú y yo. Aquí, muy adentro el arma penetró: no hay esperanza. Pero mira. Esta sangre hervía toda de amor por esa pobre. ¡Yo la amaba! Más, mucho más que tú; y ella, ves, ella tanto me amaba á mí, tanto me amaba como á tí te aborrece.

DAM.

¡Vill!

(El Hermano Alberto tiene las manos sobre el pecho como para sujetar la herida. Cuando dice que la sangre corre la aparta para que se convenza Damián.)

ALB.

Ya corre.

Descansa: no hay temor. ¿Sabes acaso lo que vine á rogarla, destruzándome el corazón? Mas ¿cómo has de saberlo? ¡tú, tigre para el gozo y para el odio! Vine á rogarla que tu esposa fuera.

DAM.

¿Usté?

ALB.

¡Yo, sí! ¿Qué sabes de alegrías del alma?

DAM.

¡Ah! ¿Usté ha hecho esto?

ALB.

Mas no pude con sacrificio tal y como un loco me la llevaba ya, contra la tierra, contra tí, contra el mismo Dios. Por eso me castiga.

DAM.

(Aterrado.) ¿La quiere tanto entonces?

ALB.

¿Que si la quiero yo? Abre esas puertas: ¡Juana! ¡Mineros! ¡Aquí todos! ¡Pronto!
(Gritando como loco. Damián está confuso.)

ESCENA XV

JUANA, DAMIAN, HERMANO ALBERTO, BLAS, MOSEN JORGE, ENRIQUE, ONOFRE, MANUEL, JOAQUÍN, MINEROS y fuerza de la Guardia civil

BLAS

¡Ah! (saliendo con Juana.)

ALB.

¡La puerta!

JUANA

¡Jesús! ¡Hermano Alberto!

(Damián corre á abrir la puerta. Entran primero los Guardias civiles y después Mossen Jorge y Enrique. Quedan en el fondo detrás de los Guardias que los

contienen los mineros empezando por Onofre, Manuel y Joaquín.)

DAM. ¡Oh, la Guardia civil! (Aterrado.)

MOS. (Mirando al suelo.) ¡Sangre!

ALB. ¡Es la mía!

(El jefe de los Guardias avanza un paso. Se detiene al oír al Hermano Alberto. Después retrocede.)

JUANA ¡Ah! (Grito horrible.)

ENR. ¡Cómo!

MOS. ¿Quién?

ALB. Señores, yo me he herido.

(Cayendo sin fuerzas en otra silla.)

JUANA Déjame.

(Blas sostiene a Juana sin dejarles acercarse a él.)

DAM. (¡Y no me acusa, Dios!)

ENR. (A Mossen Jorge.) (¡Se muere!)

MOS. ¡Hermano Alberto!...

ALB. ¡Harto he vivido!

(Buscando con la mirada a Juana.) ¡Juana!...

¿Quieres verme feliz... en esta hora?

JUANA ¡Quiero morir!

ALB. No, calla, al suelo, al suelo.

(Juana se arrodilla delante del Hermano Alberto.)

Te quiero unida a él; y luego, mía (Al oído.)
allá en el cielo... ¿Y él?...

(Por Damián buscándole con los ojos.)

¡Que se arrodille!

(Damián está aterrado. Mossen Jorge le hace arrodillar cogiéndole de un brazo.)

Deprisa, Mossen Jorge.

MOS. Juana, ¿quieres

por esposo al Damián?

ALB. (Con voz apagada suplicando.) ¡Juana!

JUANA (Bajando la cabeza maquinalmente a imitación del movimiento que ha hecho el Hermano Alberto para persuadirla.)

Sí.

MOS. Y dime,

¿la quieres por mujer, Damián?

(Damián no contesta, mirando de reojo un momento la mano en que tiene sangre.)

(Pausa.) Contesta.

DAM. No, yo no puedo. No puedo. A este hombre yo le he herido. Aquí estoy. Prendedme.

(Levantándose y entregándose a la Guardia civil.)

- JUANA (Con un grito supremo, lánzase en brazos del Her-
mano Alberto, como defendiéndole de Damián.)
¡Ah!
¡Cielos!
- MOS.
ENR. ¡Qué horror!
BLAS (A Damián.) ¿Qué has hecho?
(Rumor en último término de los mineros, que quie-
ren pasar. La Guardia civil les contiene.)
- JUANA (Al Hermano Alberto, abrazándole.)
¡Yo te amo, te amo!
¡Y eres tú, tú, mi esposo!
- ALB. (Besándola en la boca.) ¡Te amo, Juana,
yo también!
- MOS. (Horrorizado de aquel beso se aparta.)
¡Oh, qué horror!
- ALB. ¡Yo te amo... y muero!
- ENR. ¡Tío, piedad! (A media voz.)
MOS. (En tono compasivo.) ¡Dios es misericordial
(Al morir Alberto ha dejado de sujetar en sus bra-
zos el cuerpo de Juana, que, falta de sostén, rueda á
sus pies inanimada.)

TELON RAPIDO

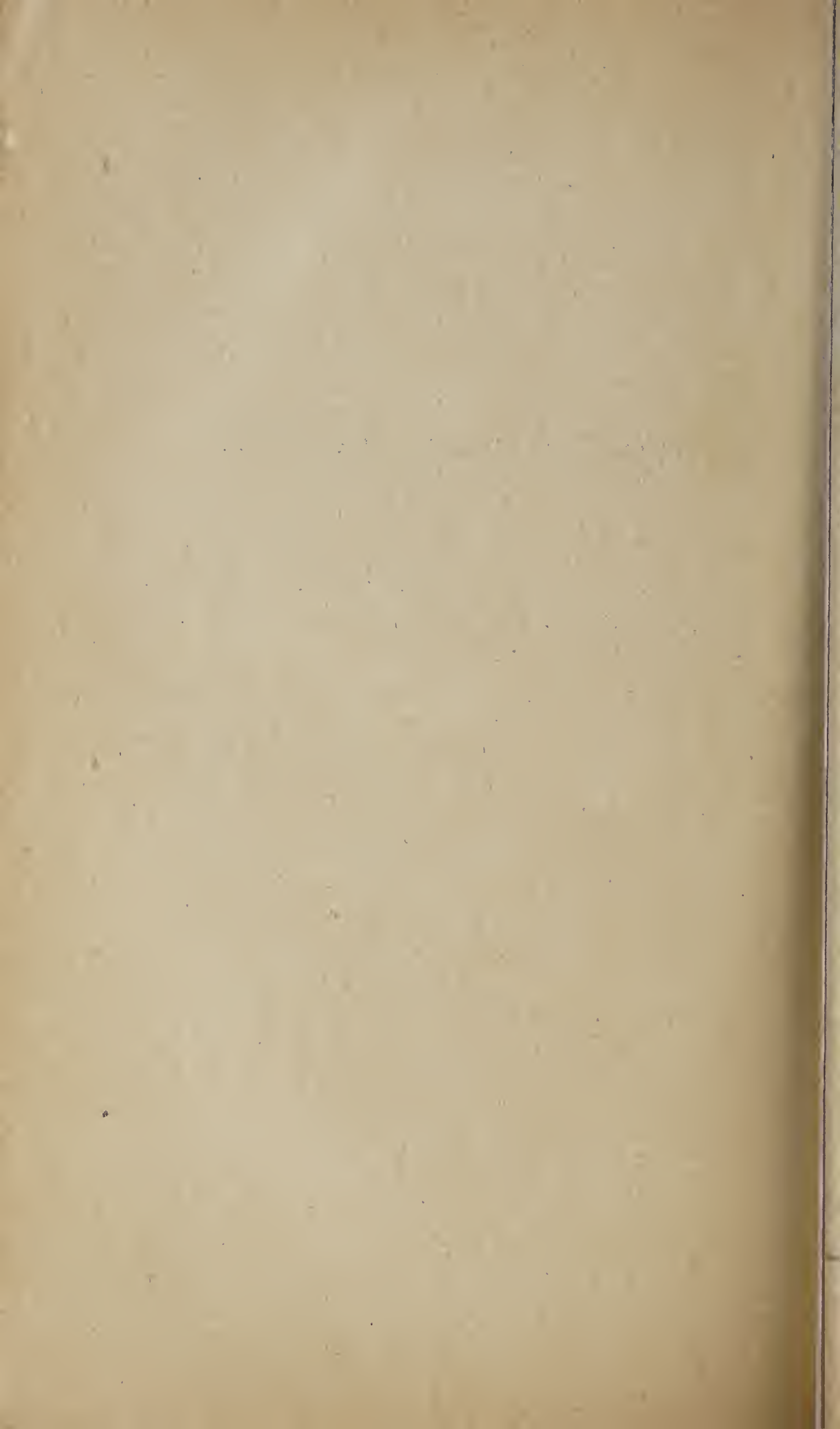
Valencia, 13 Febrero, 1898.

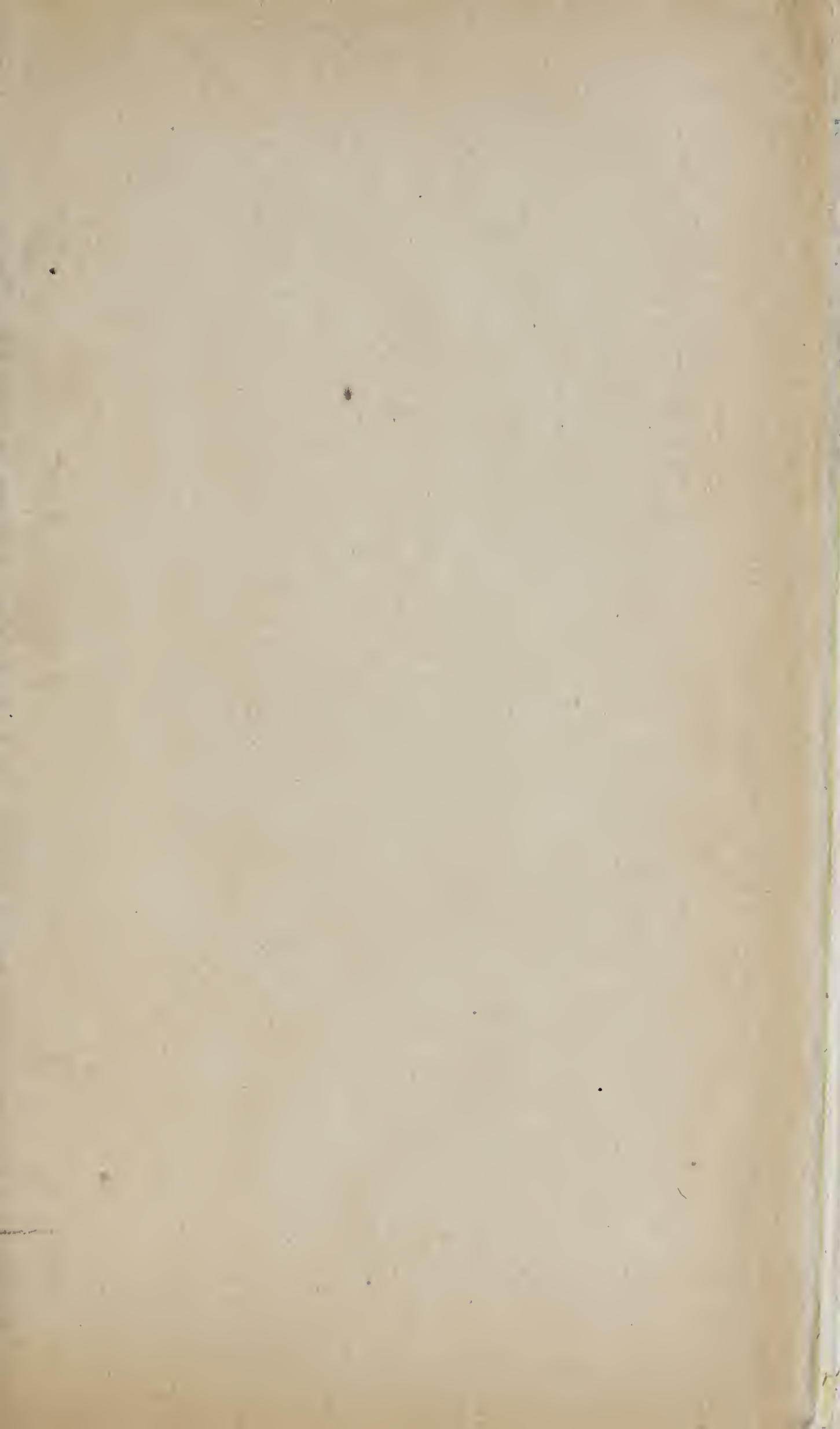
Es traducción del original catalán, edición de *La Renai-
xensa*, Xuclá, 13, bajos.—Año 1890.

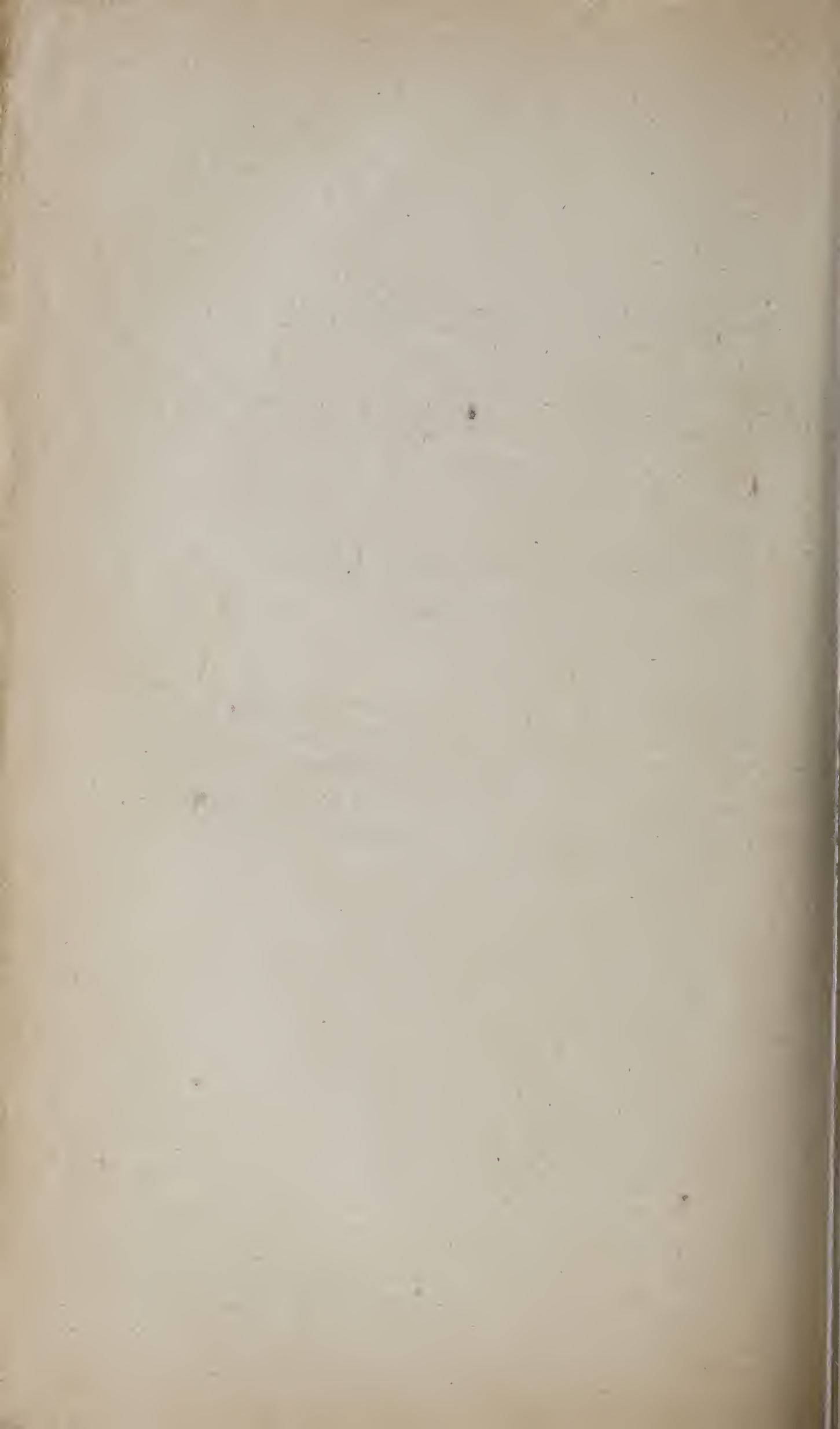
OBRAS DEL AUTOR



De la retreta á la diana, zarzuela cómica en un acto, en
colaboración.







ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL
PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concèderá rebaja proporcionada al pedido á los librereros ó agentes.